

JUAN BOSCH

TRUJILLO

CAUSAS DE UNA TIRANÍA

SIN EJEMPLO

Octava edición
Reimpresión
Santo Domingo, 2009

Título
Trujillo Causas de
una tiranía sin
ejemplo
Autor Juan Bosch

ISBN 978-9945-406-09-2 Portada
Amaury Villalba

Derechos reservados conforme a la
ley.

Impreso en Santo Domingo por
Editora Alfa &Omega José Contreras
No.69,

Tels. :(809)532-5577/78

A la memoria de dos dominicanos que sellaron con la muerte su amor a las libertades democráticas en nuestra América:

Amado Soler, asesinado en Managua por la tiranía somocista, el mes de abril de 1954;

Pablo Martínez, asesinado en La Habana por la policía batistiana, el mes de marzo de 1958.

PROLOGO
A LA SEGUNDA EDICIÓN

En los momentos en que salía a la calle la primera edición de este libro—enero de 1960— se producía en la República Dominicana una intensa agitación contra el régimen de Rafael Leónidas Trujillo. La tiranía descubrió un vasto movimiento de oposición y la jerarquía de la Iglesia Católica protestó contra los métodos de violencia ejercidos por la dictadura contra esos oponentes clandestinos; todo lo cual llevó a mucha gente a suponer que los días del trujillismo estaban contados.

Unos meses después fue descubierta la participación principalísima de Trujillo en el atentado contra la vida del Presidente de Venezuela y en el asesinato de un refugiado político español en México, hechos ante los cuales reaccionó América produciendo el Acuerdo de San José -agosto de 1960-, mediante el cual el régimen trujillista quedaba aislado diplomáticamente y se echaban las bases para proceder a su aislamiento económico. Los dominicanos libres y sus amigos del Hemisferio pensaron que los días del trujillismo estaban contados.

Pero sucede que el régimen de Trujillo no ha caído, sino que sigue manteniendo en Santo Domingo la misma férrea tiranía de otros tiempos y sigue perturbando la vida política de la América Latina con igual vigor que antes, como si su poder no hubiera disminuido con los tropiezos que ha tenido dentro de sus fronteras y en el exterior.

¿ Qué fuerzas sostienen a Trujillo como rey sin corona de Santo Domingo?

Las leyes políticas y sociales que se aplican a un sistema de gobierno más o menos afectado por la opinión pública no tienen papel alguno en la República Dominicana.

La significación de los movimientos antitrujillistas que se producen de manera esporádica dentro y fuera de la República Dominicana es a menudo deformada por el afán de aplicar al caso dominicano la experiencia de otros países de la América Latina; y eso llevó a los observadores más sagaces a hacer cálculos errados sobre la situación de la tiranía de Trujillo.

Por ejemplo, la gran mayoría de esos observadores pensó que la participación de la Iglesia Católica en la lucha contra Trujillo marcaba la hora final de la tiranía.

Recordaron que la Iglesia había iniciado la etapa decisiva de los movimientos que liquidaron las dictaduras encabezadas por Perón, Rojas Pinilla y

Pérez Jiménez, y en consecuencia creyeron que Trujillo estaba condenado a caer poco después de la pastoral que suscribieron los obispos dominicanos en enero de 1960.

Ninguno de esos observadores tomó en cuenta que los regímenes de Perón, Rojas Pinilla y Pérez Jiménez no tenían semejanza real con el de Trujillo. Las semejanzas eran aparentes, como resultan semejantes dos fiebres en dos dolencias que sólo tienen en común la alta temperatura de los enfermos.

Argentina, Colombia y Venezuela eran víctimas de tiranías políticas, pero la que padece la República Dominicana no es una tiranía política. En buena técnica sociológica, el Santo Domingo de Trujillo no puede ser calificado de nación, ni sus habitantes son un pueblo ni el poder que los domina puede ser llamado gobierno.

Santo Domingo es una empresa capitalista despiadada, los dominicanos son los trabajadores y consumidores forzados de esa empresa y el poder dominante está en manos del amo de la empresa.

Esa organización tiene apariencia gubernamental; está encabezada por un empleado de alta categoría llamado Presidente de la República, por otros de menor categoría llamados Ministros (Secretarios de Estado, en la tradición administrativa dominicana), y por otros más que forman un supuesto Congreso. Pero el Presidente, los Ministros y los miembros del Congreso son simples empleados del propietario de la empresa, quien cuando considera que no son útiles a sus fines los echa de sus cargos sin previo aviso.

A veces un grupo de los trabajadores y consumidores forzosos de la empresa se subleva contra el amo y a eso se llama en la República Dominicana y en el exterior “señales de la descomposición del trujillismo, expresión adecuada a los hechos políticos pero no a la actividad económica. Es casi imposible derrocar el trujillismo con medidas políticas; en cambio, es relativamente fácil llevar su empresa a la quiebra. Tras la quiebra de la empresa se producirá la rebelión triunfante.

Han habido varias rebeliones en Santo Domingo, todas ahogadas en sangre: una en 1930, otra muy importante en 1934, otra que llegó a manifestarse en huelgas apreciables hacia 1944; la última surgió a la luz pública en 1960.

Por razones del aislamiento en el espacio en que viven los dominicanos, ha sido difícil organizar esas rebeliones en escala nacional; y por razones del aislamiento en el tiempo a que los tiene sometidos la rígida censura trujillista, los rebeldes de 1960 ignoraban que hubo una rebelión en 1944, así como los que se rebelaron en 1944 ignoraban a los que la habían hecho en 1934.

La gente heroica que se ha lanzado a luchar en Santo Domingo no ha podido aprovechar las enseñanzas de sus antecesores. Los mártires de 1960 no tuvieron a su alcance ni el consejo de uno de los veteranos de 1944 y de 1934 ni documentos públicos o privados para estudiar las causas que hicieron fracasar los movimientos anteriores.

Tal vez por esa razón, los de ahora, los de ayer los de anteaer han cometido el mismo error: considerar el trujillismo como un régimen político, y atacarlo como a una tiranía política.

Sucede que Trujillo no es un tirano político, a la manera tradicional en nuestra América. Es el amo de las tierras, de los bancos, de las fábricas y de los negocios, es también el amo de los hombres.

Esta verdad se ha cumplido pocas veces en la historia

de manera tan evidente como en la República Dominicana. A menudo, un hecho demasiado evidente confunde al observador. Ese es el significado de la vieja frase, tan socorrida, sobre los árboles que no dejan ser el bosque.

El caso dominicano tiene apariencia política, pero cualquier conocedor de la vida latinoamericana ha visto numerosas veces ese caso en pequeña escala. En las villas menores de nuestro Hemisferio, el mayor latifundista es a menudo también el propietario de la casa de comercio del lugar, y debido a su preeminencia económica domina la vida de la zona en todos los órdenes, a veces sin que necesite estar respaldado por la fuerza de las armas.

Llevando a su máxima escala, ese ejemplo se aplica a Trujillo. El atraso histórico de Santo Domingo, determinado por causas ajenas a la voluntad del pueblo y sobre todo por intervenciones militares extranjeras -la española hasta 1821 y después en 1861; la haitiana entre 1822 y 1844; la norteamericana de 1916 a 1924-, impidió que los dominicanos pudieran evitar la formación de la empresa monopolística y expoliadora creada por Rafael Leonidas Trujillo.

Las presiones económicas y políticas desatadas

por la guerra mundial de 1939-1945 ampliaron a términos fabulosos la base económica de la empresa trujillista, y al terminar la guerra el país no era sino el territorio de la empresa, y sus habitantes, los esclavos aterrorizados del empresario. De entonces acá, nada ha podido quebrantar el dominio de la empresa sobre la tierra y sus pobladores.

Las razones históricas de todo tipo que han llevado a mi país a esa situación son estudiadas en este libro Como no he pretendido hacer de él una plataforma política, sino sólo un exponente de las causas que produjeron y mantienen el sistema trujillista, no me aventuro a hacer el riesgoso papel de oráculo y no voy, por tanto, mas allá de los límites señalados en el título de la obra.

La oportunidad de lanzar una segunda edición ha llegado antes de que pudiera cumplir mi propósito de ampliar la primera valiéndome de una bibliografía adecuada.

Es difícil disponer de una biblioteca más o menos amplia sobre la República Dominicana cuando se vive exiliado y perseguido por un régimen que mantiene cortadas todas las comunicaciones -aun las de tipo cultural -entre sus adversarios políticos y el país.

Por otra parte, las obras que el gobierno de Santo

Domingo envía a las bibliotecas públicas de América son casi exclusivamente las que sirven para hacer la propaganda del trujillismo, no las que puedan ser útiles en el estudio de la historia nacional.

A pesar de eso y a pesar de esta segunda edición, no doy por abandonado mi plan de utilizar este estudio como base para una exposición más detallada. Lo que me anima a hacerlo es sobre todo que muchos lectores han encontrado en la obra el relato, si bien sucinto, de los sucesos históricos dominicanos, desde que la isla La Española fue descubierta por Colón afines de 1492, y han hallado que esa historia tiene un dramatismo vivo y es por tanto interesante.

En efecto, la historia de Santo Domingo es intensa, porque sobre el país se han desatado con amarga frecuencia fuerzas a menudo más poderosas de lo que el pueblo podía soportar. Porción de una isla del Caribe, en ella ha descargado su tremendo poder el imperio español, el francés de Luis XIV, el voluntarioso Napoleón, la Inglaterra de Oliverio Cromwell y de William Pitt, los Estados Unidos en sus días más temibles. Luchas de esclavos contra amos, de negros contra blancos, de colonos contra metropolitanos, han sacudido sus entrañas, han quemado sus bosques y sacrificado a sus hombres. Por su tierra han pasado los temibles piratas de La Tortuga, pero también las ideas fecundas de Eugenio

María de Hostos.

Debo aclarar, sin embargo, que no fue el propósito de escribir con orden la historia de Santo Domingo lo que me llevó a comenzar este libro con la exposición de las causas que deformaron psicológicamente a Trujillo. En un estudio sobre Trujillo, la buena técnica biográfica ordenaba iniciar la obra por los orígenes biológicos del personaje.

Pero sucede que cuando el personaje nació, y aun antes de que llegaran al país sus primeros antepasados, ya la sociedad dominicana estaba deformada y la deformación sirvió de molde a la psique de Trujillo. Puede decirse que en el sentido psicológico el trujillismo nació antes que Trujillo.

Esto podrá explicarle al lector por qué antes que otros puntos trato el de la división del pueblo en gentes de primera” y gentes “de segunda.”

JB

Caracas, 9 de febrero de 1961.

INTRODUCCIÓN

Las ideas que aparecen en este libro fueron originalmente expuestas en una conferencia que el autor dió en el Salón de Conciertos de la Universidad Central de Venezuela, bajo los auspicios de la Dirección de Cultura de la Universidad, el 27 de febrero de 1959. Ese día se cumplían ciento quince años de la fundación de la República Dominicana, buena oportunidad para hablar sobre las causas históricas, sociales, económicas y políticas que han participado en la formación y en el mantenimiento del régimen dictatorial encabezado por Rafael Leónidas Trujillo. Lo que se pone ahora en manos del lector no es un resumen ni una versión de la conferencia, pero ha sido escrito teniendo por delante la transcripción de lo dicho en la Universidad, tal como aparece en las cintas en que fue grabada la conferencia, y haciendo uso de las notas que sirvieron para la exposición.

La calificación del trujillismo tiene necesariamente que ser un estadio previo al del análisis de las causas que produjeron y mantienen su existencia. Esa calificación está contenida en la disposición a realizar el análisis. Pero precisamente porque se trata de un análisis y no de una pieza de agitación, en este trabajo no hay que buscar un lenguaje de tipo proselitista. En la larga lucha por las libertades públicas de su país, el autor hace un alto para comportarse no como militante antitrujillista, sino como investigador de la historia dominicana, a quien le interesa sobre todo dar con los orígenes del mal de su pueblo, a fin de que otros puedan evitar que el porvenir vea su repetición. Sabed que el pasado se parece al futuro como el agua se parece al agua”, dijo

hace seiscientos años Ben-Jaldun. Y sin duda está llamado a parecerse mucho mas si el pasado que ha producido un hecho social no es removido y ordenado en forma tal que la combinación de valores que él originó resulte de imposible reproducción.

Debido a que no hemos sabido remover nuestro pasado, cada generación latinoamericana ha tenido que luchar contra mas de una tiranía. Para que ese estado de guerra perpetua entre pueblos y tiranos termine ay que superar la etapa primitiva de los conceptos.

Todavía se leen de tarde en tarde artículos de firmas latinoamericanas que hablan de “hombres puros” y de hombres impuros”; que dividen a la humanidad en bs buenos o “malos”. De donde resulta que la lucha porlaslibertades públicas debe ser librada por los “buenos o puros” contra los “malos” o “impuros”; por apóstoles de bien contra legiones del mal, por regimientos de ángeles contra batallones de demonios.

Cuando actúan en función política, los hombres no son buenos ni son malos; son los resultados de las fuerzas que los han creado y los mantienen, y con cierta frecuencia son juguetes de esas fuerzas o son sus beneficiarios. Los tiranos no caen del cielo. A nadie se le ocurrirá temer que en Suecia se produzca un Trujillo, y no precisamente porque los suecos sean más bondadosos que los dominicanos, sino porque en la urdimbre histórica de Suecia no hay actualmente gérmenes de fuerzas sociales capaces de producir un dictador como el de Santo Domingo.

Eso no quiere decir, como hemos oído a menudo en bocas de un realismo demasiado grosero, que los pueblos tienen los gobiernos que se merecen. Ningún pueblo merece un mal gobierno. Lo que sucede es que un mal gobierno no se produce espontáneamente; es el resultado de una infección del cuerpo social, un desdichado mal que en determinadas circunstancias favorables a su desarrollo, acaba tomando posesión del organismo colectivo. Pero no hay duda de que mientras ese organismo viva, o lo que es lo mismo, mientras el pueblo no haya perecido, puede recuperar la salud, vencer la enfermedad, retomar a ser lo que era y aun mejor su antigua condición.

Para fines de estudio, los males sociales pueden ser aislados, analizados en sí mismos y en sus consecuencias, y esa tarea facilita que se les pueda combatir con buen éxito.

Ahora bien, si no son aislados, analizados, estudiados, permanecerán ocultos en el cuerpo de la comunidad, aunque ésta se libre del régimen producido por esos males; y como “el pasado se parece al futuro como el agua se parece al agua”, en tanto permanezcan llamados a recobrar su antiguo vigor y a producir los efectos que produjeron una vez.

Los dominicanos- y los latinoamericanos que saben o sienten que la República Dominicana es una parte de nuestra América, y que su destino se halla en el destino del mundo americano- tienen que distinguir entre esas dos

cosas: la lucha contra Trujillo y la Revolución dominicana. La caída de Trujillo no es la revolución; más aún, podría no tener nada que ver con la revolución. La revolución consistirá en la aplicación de una serie de medidas, que antes de convertirse en medidas son -o deben ser- un cuerpo de ideas; y esas medidas tienen que dirigirse a la eliminación de las causas que han producido y sostenido el régimen trujillista.

Habrán medidas de carácter más o menos inmediato, llamadas a producir curas de urgencia en ciertos aspectos del orden social; éstas son las que figuran hoy en programas de grupos políticos llamados “estudios” de sociólogos de encargo. Pero el caso dominicano reclamará medidas de tipo profundo llamadas a cauterizar males que no se advierten fácilmente en el exterior de la sociedad dominicana. Esas tendrán que responder a viejas deformaciones del alma nacional a problemas que se remontan a los orígenes mismos de nuestro pueblo.

En la historia simple que leen los escolares se dice que el régimen de Rafael Leónidas Trujillo comenzó en 1930. En un sentido estrictamente aparente, así sucede. Pero un régimen político no es un hecho aislado sino el fruto del árbol nacional. Es en las raíces del árbol donde hay que buscar la razón de que el fruto sea sano o enfermo, y a menudo hay que buscarla en la tierra que alimenta al tronco y hasta en el agua que ayuda a formar su savia, en el hacha que lo malherió o en el hongo que el aire llevó desde árboles vecinos.

Rafael Leónidas Trujillo, como encarnación de un régimen político que resulta sin ejemplo en la línea de las dictaduras latinoamericanas, es un fruto del árbol histórico dominicano. No hay fuerza que haya tenido importancia en la formación del pueblo dominicano, incluyendo en ellas la conquista española, que no tenga su parte en la aparición y en el sostenimiento de la tiranía trujillista. Sólo cuando estudiamos con claridad cuáles son las

fuerzas determinantes en su sostenimiento, podemos explicarnos su larga duración y la conducta del pueblo dominicano frente a ella.

Esa explicación es necesaria. Hombres cultos o incultos, mujeres de biblioteca y de su hogar, jóvenes luchadores y estudiosos, preguntan en Chile, en Cuba o en Guatemala cómo se explica que la dictadura de Trujillo no haya sido derrocada todavía por el pueblo dominicano. Aunque cronológicamente más corta que la de Porfirio Díaz en México y la del Doctor Francia en Paraguay, la dictadura de Trujillo en Santo Domingo es sin duda mucho más larga que todas las que ha sufrido América, dado que ahora el tiempo no tiene la misma medida subjetiva que tuvo en el siglo pasado.

A los latinoamericanos, benditos pueblos que coronan su mundo de valores morales con el del amor a la libertad, la dictadura de Trujillo les parece eterna. No se explican su duración; no se explican su organización monolítica, su capacidad de exacción y su completa falta de sentido humanitario. Muchos de ellos no saben que lo más les asombra es que un régimen como el de Trujillo se mantenga en medio de un mundo americano que esta desplazándose a gran velocidad hacia etapas avanzadas de la convivencia democrática. La sensibilidad de nuestros pueblos sufre frente a la presencia del trujillismo en Santo Domingo un choque similar al que sufriría cualquier persona que viera aparecer de improviso en medio de una avenida llena de automóviles el largo pescuezo y la estúpida cabeza de un dinosaurio. El hombre rechaza por instinto lo anacrónico en la naturaleza física y social; sólo se lo explica en el mundo del arte, y la dictadura de Trujillo no es precisamente una obra de arte.

Como análisis de la historia dominicana y búsqueda de las fuerzas sociales que dieron origen al trujillismo y de las que han

sido determinantes en su mantenimiento, este libro se ha escrito para ser útil al pensamiento político de mi país, pero también para explicar a los demócratas de la América Latina por qué el régimen dictatorial que encabeza Rafael Leónidas Trujillo ha durado treinta años y por qué es tan monolítico, tan explotador y tan carente de sentido humanitario.

Ojalá este estudio ayude a aclarar las ideas que hoy se tienen acerca del pueblo dominicano. Pues ese pueblo no merece la dictadura que está sufriendo. Los que no comprenden que la historia obedece a leyes insobornables pueden creer que es inerte, débil o inconsciente porque todavía no ha logrado liberarse de sus opresores; y no es sino una víctima de males que tienen raíces viejas y profundas, y de fuerzas poderosas, a menudo originadas en lugares muy lejanos. Es un pueblo infortunado, pero digno de mejor suerte. Los efectos de sus males son hoy las causas de su infortunio, y la gran mayoría de los que padecen ese infortunio ignora que las causas de aquellos males están alojadas en sus propias entrañas.

Al cerrar esta introducción el autor quiere dar las gracias a la señora Ernestina de Romero por la cooperación que le prestó al transcribir de la cinta magnetofónica lo dicho en la Universidad Central de Venezuela sobre el tema de este libro; al compañero Angel Miolán, por el trabajo que se tomó para que aquella conferencia fuera grabada; al compañero Julio César Martínez, por el entusiasmo que puso en proponer al señor Miguel Angel Capriles la publicación en este trabajo en la revista *Elite*, primero, y en volumen después, y al propio señor Capriles por el calor con que acogió dicha propuesta.

JB

Caracas, octubre de 1959.

EL ORIGEN PSICOLOGICO

I: ORIGEN DE LA DEFORMACIÓN SOCIAL DOMINICANA

La deformación social del pueblo dominicano comenzó al nacer, con el segundo viaje de Cristóbal Colón. Con el segundo, y no con el primero, porque en su primer viaje -el del Descubrimiento- Colón tocó en la isla de Santo Domingo de manera fortuita. Habiendo llegado el 12 de octubre a Gaunahaní, el Almirante se dirigió hacia el sudoeste y tocó tierra en la costa nordoriental de Cuba; después puso proa este franco, y el 5 de diciembre echaba el ancla en una bahía de la costa norte de la isla que el mismo bautizaría con el nombre de La Española. La Española se llamaría más tarde Santo Domingo, por extensión del nombre de la ciudad que fue la capital de la colonia.

Es cierto que al finalizar ese año de 1492 Colón fundó un fuerte en la propia costa norte de la isla, y que estableció guarnición en él.

Pero ese fuerte -que se llamó de la Natividad- no era punto de partida de una política colonial. Lo fundó porque la “Santa María”, una de las tres carabelas del gran viaje, había encallado; su tripulación no podía ser repartida entre las dos restantes, que no tenían capacidad para llevarla en el retomo a España, y como había que disponer algo para asegurares protección a esos tripulantes sin barco, con los restos de la carabela encallada se levantó el fuerte y se dejaron en el cuarenta hombres, al mando de un Diego de Arana y bajo los cuidados de un cacique llamado Guacanagarix.

El descubrimiento de Santo Domingo, ocurrido en ese primer viaje, fue un hecho fortuito.

De la misma manera que tocó en sus costas, Colon pudo haber ido a dar a otra isla o al continente, ya el norte, ya al sur.

La fundación del fuerte de la Natividad fue otro hecho fortuito, e incluso su nombre- que no tiene nada que ver con el nacimiento de un mundo nuevo- resultó accidental; se le dió debido a que *Santa María* se perdió el día de la Navidad de Nuestro Señor. La guarnición se estableció allí también por causas ajenas a la voluntad y a los planes del descubridor, pues fue asesinada a poco de haberse alejado Colón en dirección este, camino hacia España.

El pueblo dominicano nace en realidad con el segundo viaje del Almirante, y ya al nacer, como esas criaturas que traen la sangre envenenada desde el clausuro materno te hace deformado por males sociales que habrán de prolongarse durante siglos, hasta culminar, mezclados con otros, en la persona y en el régimen de Rafael Leónidas Trujillo.

En ese segundo viaje el Almirante llegaba a conquistar y colonizar la isla. Tocó tierra el 27 de noviembre de 1493, al mando de una flota de diecisiete barcos y mil trescientos hombres, de los cuales mil percibían sueldo como servidores de un plan imperial. En esa flota llegaban funcionarios, sacerdotes, albañiles, agricultores, panaderos, herreros, carpinteros, picapedreros, y además unos trescientos voluntarios en los que abundaban los segundones pobres, los hijosdalgo arruinados, los buscadores de fortuna en tierras de un mundo virgen.

Con la conquista de La Española comenzó la conquista de América. Los historiadores toman muy en cuenta que don Cristóbal había sido nombrado “Almirante de la mar oceána y de todas las tierras contenidas en él” y Visorrey de las Indias. Pero no se han detenido a pensar que quien cargaba con tantos títulos era un italiano del Renacimiento. Toda la pompa, el brillo, el gusto por los tronos y los palacios de principados y ducados, tan propio del Renacimiento italiano, debían bullir en el alma del descubridor. Pero también debía bullir en esa alma el vivo sentimiento de lo

bello y lo original. La isla Española, con su mar de azul brillante y sus playas de blanca arena, con sus cadenas de montañas azules y sus valles poblados por árboles gigantesco, con sus arroyos de aguas apetitosas, sus frutas de olores fuertes, sus pájaros de colores chillones, debió parecerle al flamante Visorrey un lugar de sueño, creado por los dioses para que él pudiera fundar allí una casa que mantendría escudo y blasones durante todos los siglos venideros. Y así fue. El Almirante decidió establecer en La Española la cabeza de un imperio que se anunciaba rico y dilatado. De ahí que en su segundo viaje llegara aviado de cuanto le pareció necesario para fundar en esa tierra la capital del imperio naciente. Y a fin de que allí quedara establecida para siempre su casa, llevo consigo a sus hermanos Bartolomé y Diego al primero de los cuales dio el título de Adelantado’.

Ahora bien, Colón era italiano y renacentista; pero España, un pueblo guerrero sobre una tierra pobre; un pueblo armado de orgullo y sentimiento religioso duro, que tenía siglos luchando contra los árabes y había formado su nobleza en los campamentos.

En guerras tan largas es infamante no ser soldado, y lo es más todavía vivir a expensas del que guerrea. Comerciar, sembrar, pescar, pastorear, tejer, eran tareas de los pobres de espíritu, los incapacitados material o moralmente, y nadie podía aspirar a un título de hijodalgo o conde o señor de alguna valía si no lo ganaba descabezando enemigos. La nobleza era producto de un buen brazo para manejar la lanza o el espadón.

Los señores de ciudades y comarcas en la Italia del Renacimiento eran banqueros, navegantes, comerciantes. Génova, la tierra de Colón, como Florencia y como Milano, veía con toda naturalidad que el joven hijo de una casa blasonada casara con una plebeya; solo se requería que la

escogida fuera bella, y de ser posible, espiritual. En España no contaba la belleza sino el título, la sangre limpia y la seguridad de que en la familia de la desposada no había abuelos labriegos o comerciantes; pues el trabajo infamaba a quien lo ejercía, hasta varias generaciones más allá de él. La mentalidad renacentista de Los Colón concibió, con la fiebre propia de su raza, una cabeza de imperio situada en una isla exótica, de deslumbrante belleza tropical; pero la gente que debía poblar esa cabeza de imperio procedía de un pueblo guerrero, fanatizado y vencedor, que se organizaba socialmente sobre una escala de valores fundamentada en las virtudes propias de los campamentos. Aquella mentalidad y esta sociedad se mezclaron para producir un estado psicológico tan fuerte, que habría de marcar para muchos siglos el alma dominicana.

Los Colón eran productos típicos del Renacimiento italiano; los españoles que le acompañaban a la isla eran hombres del medioevo. Lo eran sobre todo los segundones sin bolsa, esos trescientos voluntarios que iban a La Española libremente, no como asalariados. Un grupo de éstos fundó, en una orilla del gran valle de La Vega Real, la ciudad de Santiago de los Caballeros, llamada así porque treinta de sus primeros pobladores tenían títulos de tales.

Ya se sabe que el caballero español no trabajaba. La gran literatura española de la época enseña que además del trabajo, era igualmente infamante la pobreza.

Podemos imaginarnos, pues, a esos treinta caballeros, fundadores de una ciudad en las lejanas Indias, antes de que terminara el siglo XV, organizándose como un grupo endógeno, y arreglándose para adueñarse de tierras y de indios capturados en las escaramuzas, sin dar participación en la adquisición de bienes a nadie que no fuera de su casta.

Sobre la base de tierras apropiadas porque sí y de indios

esclavizados debía desarrollarse lógicamente una sociedad de corte feudal, pero ello no sería privativo de La Española. Se sabe que con variaciones en los nombres, la economía americana descansó sobre el latifundio y la esclavitud y así se sostuvo durante siglos.

Lo que ofrece cierto carácter especial al caso de la Española es que desde el primer momento de la conquista llegaron allí gentes de la nobleza guerrera de la metrópoli; y que esas gentes se mantenían unidas lo demuestra que sólo en Santiago habían 30 caballeros entre los pobladores iniciales, que no debían ser más de cien.

“Pájaros de la misma pluma vuelan juntos”, afirma el refranero inglés. Los caballeros de la Conquista se mantuvieron unidos en La Española.

Esta formación de círculos selectos se produjo en otros lugares de América pero más tarde, y en ellos figuraron con frecuencia descendientes de hombres que habían llegado a las colonias como simples soldados. En La Española la división fue clara desde el principio de la conquista. Pero además en La Española esa división no tardó en ser acentuada, en forma intensa, con la creación de una corte virreinal, típicamente renacentista, con sus juglares, sus poetas, sus damas y caballeros, el esplendor y el boato del Renacimiento italiano transportados a una isla lejana, donde España empollaba un imperio.

En su segundo viaje, el Almirante se detuvo a levantar una ciudad en la costa norte de la isla. Se trataba de La Isabela, nombre dado en honor de la reina Isabel La Católica. La ciudad tuvo que ser abandonada poco tiempo después de establecida, porque la salubridad de la zona era bajísima. Todavía pueden verse en el sitio –que sigue llamándose La

Isabela-, los sillares enterrados, las tejas rotas, las grandes piedras a medio aserrar; las señales de las faenas interrumpidas. Al abandonar aquella ciudad a medio hacer, don Cristóbal descendió hacia el sur, y fue dejando fortalezas a lo largo del camino. Su hermano, el Adelantado don Bartolomé, fundó en la costa del Caribe, junto al río Ozama, la Nueva Isabela, que debió ser abandonada a poco; y luego, frente a donde se hallaba la Nueva Isabela, erigió la ciudad de Santo Domingo de Guzmán.

Esta ciudad pasó a ser la capital de la colonia e incluso con el tiempo le daría su nombre a la isla, que acabó llamándose Santo Domingo. La situación de la capital no era la más adecuada. Se hallaba en la costa meridional, que no resultaba el mejor punto para comunicar con la metrópoli, aunque sí con Tierra Firme; estaba separada por una gran cordillera de montañas del gran valle de La Vega Real; la zona más fértil y de clima más benigno de toda la isla. Pero en las cercanías de Santo Domingo de Guzmán se había hallado oro, y ese hallazgo fue determinante para la selección del sitio donde debía establecerse la capital de la colonia.

De todas maneras, con localización apropiada o inapropiada, la ciudad de Santo Domingo quedó destinada a ser la ciudad de los Colón, el solar de su grandeza, y por tanto la cabeza del imperio que deberían gobernar los descendientes del “Almirante de la mar oceana”. Desde su nacimiento, pues, la capital de la colonia tuvo un aire imperial; y una ciudad imperial debía estar necesariamente poblada por gente de pro.

El viajero que llega a la capital dominicana puede apreciar en la parte más antigua de la ciudad y en las ruinas de conventos, iglesias y edificios públicos la planta de una población fundada para ser la réplica americana de Toledo. Entre todas las

construcciones que se conservan ninguna tiene la gracia y el señorío del Alcázar de los Colón. Está asentado sobre una escarpa, en la ribera derecha del Ozama.

Una formidable muralla le protege de las crecientes del río. Sus duras piedras, ennegrecidas por el paso de los siglos, fueron labradas cuidadosamente, y en algunas se ve el encaje típico de las ventanas mudéjares que abundan en construcciones españolas de la época. Con su mezcla de líneas góticas y arábigas y la bien equilibrada asimetría con que comienza a distinguirse la arquitectura colonial en el primer cuarto del siglo XVI, el Alcázar de los Colón es un fruto americano del espíritu renacentista de sus dueños y de la súbita expansión de la mentalidad hispánica producida por el descubrimiento y la conquista de un mundo nuevo.

Ese Alcázar fue construido para palacio de don Diego, hijo primogénito del Almirante, homónimo de su tío Diego Colón. El don Diego del Alcázar había nacido en 1474 y heredó de su padre don Cristóbal el título de Visorrey de las Indias; y, en cierta manera, de sus tíos don Diego y don Bartolomé, que habían sido gobernadores de La Española antes del 1500, heredaba la gobernación de la isla. Este cargo se le reconoció a perpetuidad algún tiempo después, por mandato expreso del monarca don Fernando el Católico.

El apellido Colón había pasado a ser ilustre en todo el mundo occidental, de manera que el joven don Diego, que tenía dieciocho años cuando su padre descubrió el nuevo mundo, se hizo adulto en una atmósfera de grandeza y distinción que no había conocido en sus años mozos. Pero no hay que olvidar que, lo mismo que su padre, don Diego era producto del Renacimiento italiano, y tenía en sí mismo el amor al lujo, el señorío natural y la propensión a vivir en grande.

En la primera década del siglo XVI, apenas quince años después de haberse iniciado la conquista de América con el

segundo viaje del Almirante a La Española, en esa isla situada en una esquina del hemisferio se acumulaban ya los factores que iban a determinar el nacimiento de una sociedad desviada de su orden natural: la indiada; los caballeros segundones de la metrópoli, separados de los dos grupos anteriores y resentidos por su pobreza, puesto que la isla no era rica en oro, como se pensó unos años atrás; y por fin, coronando las divisiones de indios y españoles, aparecía una corte virreinal, lujosa como las cortes del Renacimiento italiano, pero cerrada y orgullosa como las cortes de los guerreros españoles.

II: LA sociedad colonial Y LA PSICOLOGÍA DE TRUJILLO

El valido de don Fernando el Católico era don Fradique de Toledo. En esos días, lo que equivaldría a un primer ministro de hoy se llamaba “el privado del rey”, y su poder era prácticamente tan grande como el del monarca. La sobrina predilecta de don Fradique de Toledo era doña María de Toledo, impropriamente llamada Duquesa de Alba por algunos historiadores. Por la posición de su tío, doña María resultaba una de las damas de más categoría de la corte española. A la mano de doña María aspiró el joven don Diego Colón; la obtuvo, y así aseguró su título de Visorrey de Indias y el de Gobernador perpetuo de La Española.

Don Diego llegó a la isla en 1509, y de inmediato ordenó la edificación del Alcázar, que debía ser escenario de la primera corte virreinal americana. Después de varias peripecias y dimes y diretes con las autoridades militares quedó terminado el Alcázar y doña María viajó desde España con un nutrido séquito de damas y caballeros. Partiendo hacia el sudoeste, a corta distancia del Alcázar, se levantaron los hogares de esa aristocracia imperial injertada en el nuevo mundo; y todavía la calle se conoce con el nombre de Las Damas.

La corte se montó a todo vuelo; pero era una virreinal encabezada por un italiano del Renacimiento no por rudo guerrero de Castilla, y en ella lucía una Toledo su esplendor de sobrina favorita del valido del rey; de manera que por posición, por tradición y por inclinación, la corte que funcionó en el Alcázar de don Diego, en la pequeña isla del Caribe, resultó bullente de lujos, deslumbrante de

joyas, títulos y ceremonias.

El lujo que se usaba en el Alcázar llegó a ser tan insolente que puso en peligro la tranquilidad y la economía de la colonia. Los colonos que tenían algunos lenes y linaje para justificar su presencia en esa corte, querían competir con los cortesanos de doña Mana; los que tenían bienes pero carecían de linaje chismeaban y formaban partidos opuestos al partido de visorrey. La Española quedó dividida entre los que podían visitar el Alcázar a todo atuendo, y los que no podían. De los primeros, muchos se endeudaron y trampeaban para no faltar a las reuniones del Alcázar y los memoriales de quejas llegaban hasta España; tan numerosos fueron que el rey acabó alarmándose y decreto que, con la excepción del séquito de la virreina, nadie en La Española podía usar brocados ni otras telas costosas.

Hacia 1515, pues en La Española había gente de primera categoría, que podía vestir lujosamente y gente que siendo de origen noble no pertenecía a esa primera categoría.

Con el andar de los años, esta división se acentuaría, y así como España tuvo ya en el medioevo nobleza “de primera” y nobleza “de segunda”, el pueblo dominicano llegaría a estar formado por personas “de primera” y personas “de segunda”, situación que persiste hoy, a la distancia de casi cinco siglos.

Con la muerte de don Diego quedó extinguida la corte virreinal. Pero el mal que colocó en la raíz misma del nacimiento del pueblo dominicano no se extinguió con la corte. Sucedió que La Española comenzó a empobrecer y despoblarse tan rápidamente, que hacia 1550 era una colonia prácticamente abandonada. Hacia 1570 la población de la isla no era de más de treinta y cinco mil almas, lo cual supone unas siete mil familias esparcida en unos setenta y cinco mil kilómetros cuadrados.

Entre ese corto número de habitantes hay que contar indios

y negros, pues la importación de esclavos había comenzado muy temprano en La Española.

La causa de la despoblación se hallaba en el descubrimiento y la conquista de territorios ricos en el continente. En La Española se conseguía oro, pero escaso y de aluvión; en México y el Perú el oro aparecía en jugosas vetas, y además de los metales había grandes poblaciones indígenas que podían ser explotadas en labores agrícolas ganaderas, de tala y construcción.

El español hijo dalgo o caballero de la época, de los cuales los más habían ido a La Española, no podía denigrarse trabajando; y para obtener algún buen pasar en la isla había que trabajar. Sólo se quedaron allí los colonos labriegos, artesanos, y pequeños mercaderes que podían ganarse la vida, aunque pobremente, con el esfuerzo de sus manos; y aún entre éstos los que no tenían con qué irse, se fueron.

Pero la gente de alcurnia que no podía viajar, permaneció en La Española; y permaneció con sus virtudes y sus vicios. Uno de los vicios sociales que ya habían tomado carta de naturaleza en el país era la división en castas, de manera que las escasas personas de algún linaje que se quedaron, siguieron alimentando el mal.

Por otra parte la despoblación de La Española no significó un descenso de categoría de la colonia a los ojos del Trono. En la Española se había establecido en 1511 la Real audiencia de las Indias, y además de los oidores y magistrados que servían ese alto tribunal hemisférico, tenían que vivir en la colonia los funcionarios del Real Tesoro, dos obispos, el gobernador de la isla y sus delegados, los alcaides y los alcaldes mayores. Los dignatarios del Estado siguieron llegando a La Española, y ellos sustituían, en cierta importante medida, a los desaparecidos virreyes, puesto que,

mantenían vivo el sentimiento de la importancia de algunas personas en medio de una población empobrecida.

A mediados del siglo XVI ya había en La Española tres meas divisorias claras entre la masa de habitantes: la que separaba el grupo endógeno de primera categoría de aquellos que, teniendo linaje, habían perdido, por su pobreza, el derecho a figurar entre los funcionarios estatales y descendientes de los cortesanos de don Diego; la línea que dividía este grupo de segunda categoría del común de los colonos gente de trabajo, labriegos, comerciantes menores, artesanos y soldados; y por último, la línea que dividía a este último grupo de indios y negros esclavos.

Con el tiempo, cuando el exterminio de su raza hiciera desaparecer a los indios, y cuando las vicisitudes históricas hicieron desaparecer la esclavitud, los restos de indios y de negros se confundirían social y racialmente con aquella porción de labriegos, artesanos y soldados que acabarían formando la gran masa del pueblo; de manera que poco a poco la población fue quedando dividida en gente “de primera”, gente “de segunda”, y gran masa sin situación en el orden social.

El empobrecimiento general se acentuaba a medida que pasaban los años y a medida que la política colonial de los Habsburgo se enfrentaba a la hostilidad de sus enemigos extranjeros. La isla Española, convertida en base virtual de la piratería, se dejaba librada a su suerte. Pero siguió siendo solar de la Real Audiencia de las Indias hasta 1777, año en que la Audiencia perdió su autoridad sobre Costa Firme.

Es una ley conocida que los grupos endógenos aumentan su poder de mineralización cuanto más difícil resulta su sostenimiento. Esto quiere decir que a mayor pobreza del medio, más recalcitrantes se hacían en La Española las familias “de primera” en su separación de las familias “de segunda”; y como seguían llegando a la isla altos funcionarios de la metrópoli, el

grupo endógeno de gente “de primera” debía esforzarse en mantener su aislamiento, para asegurar así la exclusividad de relaciones con esos altos funcionarios de España.

Esto explica que cuando La Española comenzó a renacer bajo el reinado de los Borbones, ya avanzado el siglo XVIII, la tradición de separación en familias de primera” y familias “de segunda” tenía más de dos siglos; había arraigado fuertemente, y se correspondía en cierto sentido con la división ente oligarquías terratenientes y ricas y masa del pueblo que se daba en otras regiones de América.

Decimos que en cierto sentido, porque en Santo Domingo había tres grupos: los “de primera”, los “de segunda” y el pueblo propiamente dicho. Y resultaba que la pugna no se libraba entre los “de primera” y el pueblo, sino entre los “de primera” y el pueblo, sino entre los de primera”; y los “de segunda”.

Pero además sucedía que la gente “de primera” no correspondía a una oligarquía terrateniente y ni siquiera a una determinada posición económica. Con el gradual y prolongado empobrecimiento de la isla, que había durado doscientos años, prácticamente todas las familias habían descendido a la pobreza.

Durante ese lapso, los “de primera” se mantuvieron es su círculo por tradición familiar; descendían de aquellos que llegaron en el séquito de doña María de Toledo, o de los que vinieron de España más tarde como altos funcionarios.

Era muy posible que una de esas familias “de primera” viviera en una casa pobre, sin ajuar, y aún que no tuviera ropa suficientes; pero pertenecía al grupo de segunda”, no tendría relación con ella en un acto publico, en un sarao y ni siquiera en la iglesia.

Los puntos de vinculación normales en un país americano quedaron de hecho disueltos en la Santo Domingo

de los siglos XVII, XVIII y XIX. Con la excepción de la última mitad del siglo XVIII, en que hubo un florecimiento económico bastante acentuado, las demás épocas fueron de pobreza; una pobreza mayor, desde luego, antes de ese florecimiento, y relativa después. Pero ni aún en ese lapso de desarrollo de la riqueza pudo el país organizarse sobre bases de grupos sociales estables que se apoyaran en su potencia económica, porque los acontecimientos en que se vio envuelto el pueblo a resultas de las guerras de España con otros reinos y la rebelión haitiana, entre fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, impidieron la fijación de la masa nacional en órdenes económicos.

Ni siquiera figuraba en la tabla de valores dominicana la organización civil y religiosa de la familia, pues frecuentemente las familias se formaban sin el vínculo matrimonial, por simple unión, y esto sucedía tanto en las familias “de primera” como en las “de segunda”. Ni hubo división racial, puesto que las razas fueron mezclándose en medio de la pobreza general.

Lo único que perduró fue la división en castas. Se podía ser rico o pobre, mestizo o blanco, y ser, sin embargo, “de primera”; se podía ser igualmente rico o pobre, mestizo o blanco, y ser “de segunda”. La división social persiste hoy, más allá de la mitad del siglo XX como si fuera una característica congénita del pueblo dominicano.

Como una expresión del poder económico, y en cierto sentido también político, en el conglomerado dominicano fue apareciendo un pequeño núcleo, seguramente formado en esa segunda mitad del siglo XVIII en que hubo un florecimiento de la riqueza, compuesto principalmente por comerciantes y dueños de tierras, que acabó siendo identificado por la masa con el sobrenombre de “dones”, natural eran escasos, lo que les impedía formar círculos. Generalmente eran respetados en forma natural por la gente del pueblo, y sus consejos eran tomados muy en

cuenta por los gobernantes. Pero habitualmente no actuaba en política.

Los “dones” se dedicaban sobre todo a la agricultura, el comercio y la ganadería; y poco a poco, a medida que se acentuaba el siglo XIX, y sobre todo en sus postrimerías y en los primeros treinta años del siglo XX, las familias “de primera” fueron aliándose a los dones”; de manera que a principios del siglo actual parecía que iba a producirse una definición económica de las castas, posibilidades que frustró la tiranía trujillista.

Para quien no haya conocido el tipo de división que ha sufrido el pueblo dominicano durante casi cinco siglos, es difícil, si no imposible, comprender en qué medida esa división deformó el alma de Rafael Leónidas Trujillo, hijo primero de una familia “de segunda”; que violencias hizo surgir en esa alma la humillación personal y familiar que padeció, en sus años mozos, por el hecho de haber nacido “de segunda”, y cómo esas violencias fueron organizadas por el joven Trujillo para vengarse del medio social que le humilló.

La psicología enfermiza de Rafael Leónidas Trujillo, su afán de hallarse por encima de todos los dominicanos, tuvo su origen en esa división entre gente de primera” y gente “de segunda”, que implantó en el país, a principios del siglo XVI, la corte virreinal renacentista e hispánica, de doña María de Toledo.

III:
TRUJILLO Y LA DIVISIÓN EN GENTE.
"DE PRIMERA" Y GENTE "DE SEGUNDA"

Rafael Leónidas Trujillo era ya jefe del ejército dominicano -en esa época llamado guardia nacional- cuando solicitó ser miembro del Club Unión de la capital. Se le echó "bola negra" afrenta imperdonable, sobre todo en hombre de su organización psicológica.

¿Qué significa en Santo Domingo "echar bola negra"? Significa negarle a una persona el derecho a frecuentar los salones de un club, porque no pertenece al grupo social "de primera". El acto de "echar bola negra" equivale a declarar públicamente que quien ha recibido tales "bolas negras" está manchado, es una especie de apestado moral; alguien que no puede codearse en público con la gente importante de la ciudad - y de todo el país-, Su mujer, su hermana, su novia, será vista por encima del hombro, desdeñosamente, por las mujeres de alcurnia; no se le recibirá en ninguna fiesta, sarao o reunión de gentes "de primeras", sus hijos podrán ser compañeros de escuela y hasta de juegos de oro niños, hijos de familias de linaje, pero no podrán figurar con ellos públicamente en reuniones sociales.

Trujillo, jefe del ejército, que tenía en sus manos un poder real -el poder de las armas, en un país donde sólo el ejército tenía armas- era uno de esos manchados, apestados, marginados por el grupo de familias distinguidas.

Trujillo había nacido "de segunda" en una pequeña villa cercana a la capital dominicana. Habiendo nacido "de segunda", él no tenía derecho a ser admitido entre los "de primera", ni en la capital ni en su villa natal ni en ninguna de

las ciudades de Santo Domingo. El autor de este libro recuerda un hecho ocurrido hacia 1929, un año antes de que Rafael Leónidas Trujillo tomara el poder. El autor se hallaba en la ciudad de La Vega; paseaba en el parque Central, una noche a hora temprana, mientras en el club de la ciudad, que se hallaba frente a una de las esquinas del parque, la gente “de primera” celebraba un sarao bailable. De pronto, por entre los paseantes corrió la noticia de que Trujillo se hallaba en la ciudad; que había pedido autorización para ir al baile del club y que se le había negado la entrada. Los jóvenes intuíamos que el jefe del ejército no podía pasar por alto tal afrenta.

Pues echar bola negra” tiene carácter afrentoso, y generalmente así se entiende. Puede haber o puede no haber consideraciones de índole moral a la hora de juzgar si un aspirante a miembro ser aceptado entre el grupo “de primera”; pero lo habitual es que se le rechace simplemente porque es “de segunda”, por su origen humilde, porque ha hecho trabajos manuales en alguna época de su vida, porque ha sido en alguno ocasión sastre, zapatero, pulpero. Ahora bien, un joven o un señor “de primera” puede establecer como sastre, zapatero o pulpero, y seguir siendo “de primera”.

El mecanismo que permite mantener la división es el siguiente: en cada ciudad del país, aún en municipios tan pequeños que de hecho no han pasado de la categoría de aldeas, hay un centro o club donde las familias “de primera” celebran saraos y bailes. De ordinario el club es también casa de juego; se juegan cartas y billar, y casi todos tienen una pequeña biblioteca para el uso de los miembros que prefieren la lectura al juego. En ningún club falta la cantina, es decir, la venta de licores.

El club tiene su junta directiva; y cuando alguien presenta solicitud de miembro la directiva determina si el solicitante merece el honor de ser sometido a la aprobación de la asamblea de miembros del club. Normalmente hay solicitudes cuando

grupos de ocho o diez o quince jóvenes hijos de miembros llegan a los dieciocho años y dejan de ser automáticamente “hijos de socios”, una clase especial que mantiene dividida a la infancia en cada ciudad entre los niños que pueden ir a las fiestas infantiles del club, porque provienen de padres “de primera”, y los que no pueden asistir a tales fiestas. Haga el lector, de paso, un esfuerzo para imaginarse cuánto sufren ciertos niños “de segunda” con calidad mental y psicológica alta, soportando en la escuela las burlas de sus compañeritos “de primera”. Al abrirse, pues, la época de solicitudes, lo que debe hacerse cada año para dar entradas a los “hijos de socios”, se admiten peticiones de aspirantes.

Estas no son abundantes, pero nunca falta en cada ciudad alguien que desea pasar de su condición de hombre “de segunda” a la “de primera”. Ya se trata de un recién graduado de abogado o médico, que quiere moverse en el círculo de la gente distinguida; ya de un extranjero o un criollo forastero que se ha casado con una joven “de primera” y que necesita alternar en el círculo natural; ya de alguien que ha conquistado, a base de esfuerzos y de mantener una vida limpia, una posición económica, política o profesional. La junta o comisión directiva del club recibe esas solicitudes, rechaza unas, somete otras a la aprobación de la asamblea de miembros. Una sola “bola negra”, es decir, un voto negativo en la asamblea, implica el rechazo de la solicitud. Normalmente, si el número de “bolas negras no ha subido de cinco -en algunos lugares, de tres-, el aspirante tiene derecho a someter nuevas solicitudes, hasta tres en total. Al ser rechazado tres veces queda condenado para toda la vida a ser “de segunda”. Entre todos los clubs del país hay un acuerdo para que nadie puede presentar solicitud en otro club si ha sido definitivamente rechazado en uno de ellos.

Ahora bien, hasta los años de la década del treinta, cuanto

ya Santo Domingo se hallaba bajo las garras de la tiranía trujillista, la República Dominicana era primordialmente un país de economía colonial. Había pocas industrias, y la más importante -la del azúcar- no era de carácter nacional ni por las extensiones ni por los capitales ni por sus directores. Santo Domingo tenía sobre todo una producción agrícola y ganadera, de manera que las ciudades y los pueblos vivían esa etapa lánguida normal en las sociedades de escaso desarrollo. Salvo las conmociones revolucionarias que se produjeron en los primeros veinticinco años de la vida de Rafael Leónidas Trujillo, los temas de preocupación y de charla del vecindario en cada uno de los villorrios eran de carácter personal: un vecino conocido había muerto; había nacido un niño al matrimonio tal; fulano vendió su caballo; la hija de Zutano estaba en cortejos con Mengano. En un ambiente así había un placer especial en comentar cuanto pudiera ser mortificante o denigrante para alguien: el matrimonio que tuvo hijos a los cinco meses de la boda, el público, el empleado despedido por manejos turbios, eran temas apasionantes en las pequeñas ciudades; y entre ellos, especialmente entre los grupos “de primera” y “de segunda”, ninguno se prestaba a tantas burlas sangrientas como la “bola negra” que le “habían echado” a fulano. Debido a la trabazón que tenían entre sí los grupos “de primera” de todo el país, la noticia de “la bola negra” iba de villorrio en villorrio, de ciudad en ciudad, y recorría el ámbito nacional en los círculos “de primera” y “de segunda” en tiempos sorprendentemente cortos. De manera que cuando al jefe del ejército se le negó acceso a un baile del Casino Central de La Vega, el país lo supo en tres días; y cuando se le “echó bola negra” en el Club Unión de la capital, lo supo en menos tiempo. Rafael Leónidas Trujillo, hombre sensible a tales insultos, no olvidó la afrenta. Por otra parte, en lo enfermizo de esa sensibilidad debió jugar un papel importante la humillación

a que fue sometido en su infancia y en su primera juventud por el hecho de ser “de segunda”, según lo denuncia su insistencia en ser admitido entre la gente “de primera”.

Dado que Trujillo era jefe del ejército, situación clave en un país latinoamericano, ¿era cuerdo negarle entrada en el Casino Central de La Vega así como echarle bola negra” en el Club Unión de la capital?

Admitamos que hubiera razones morales puesto que se rumoraba que no era hombre de conducta impía. Pero he aquí que entre los miembros de los cuarenta o cincuenta clubs del país había gente de toda laya, los había que había cometido asesinatos, robos estupro; que habían cumplido alguna parte de su sentencia. Y esos hombres, una vez libres, volvían a frecuentar los clubs “de primera” como si nada hubieran echo Pues el privilegio de casta jamás se pierde Un joven disoluto, borracho, estafador, jugador, agresivo y asta ladrón, es admitido como socio de los clubs de todo el país si es hijo de una familia “de primera”- pero un hombre honesto, luchador, inteligente, buen hermano buen hijo, buen ciudadano, buen amigo, no es admitidos si procede de origen humilde o ha realizado trabajos de poca categoría. Luego, en los frecuentes rechazos que padeció Rafael Leónidas Trujillo, la razón no era de tipo moral; se le rechazaba para no darle acceso al grupo endógeno “de primera”

Claro que la persistencia de Trujillo en pasar de la categoría “de segunda” a la “de primera” indica hasta qué grado era una naturaleza no evolucionada y un arribista típico. El autor de este estudio no es “de primera ni podrá serlo nunca, porque su padre, un inmigrante catalán, había comenzado su vida en Santo Domingo como albañil, y había pasado a ser luego pequeño comerciante, antecedentes que le hubieran ni pedido ser admitido como miembro del Casino o de su doble, el Club Camú de La Vega. Pero ni el padre catalán ni el hijo

dominicano, hoy sin nacionalidad legal, tuvieron jamás la peregrina idea de ser gentes “de primera”. Debido a su retrasada calidad psicológica, Trujillo sí lo deseaba, y es lógico que en los pueblos haya hombres como él, especialmente si la atmósfera social está tan torcida y enferma como lo estaba la de Santo Domingo cuando el joven Trujillo crecía, lleno de ambiciones que el propio ambiente nacional estimulaba.

En todos los centros poblados del país ocurrían casos lamentables de rechazos y de abusos por parte de la gente “de primera” contra personas apreciables “de segunda” que aspiraban a entrar en el grupo “de primera”.

Todos los dominicanos conocemos el caso típico de cada ciudad. En La Vega, por ejemplo, sucedió el de un comerciante, cuyo nombre no debe figurar aquí. El autor recuerda vivamente a ese comerciante, de tipo italiano clásico; el pelo, las cejas y los ojos, negros y brillantes; la piel de un rosado vivo; la nariz larga y bien hecha; hombre cuidadoso en el vestir, delgado, de camisa luciente cada día. Había llegado a la ciudad de una población vecina; se estableció en una pequeña pulpería de barrio; ganó dinero y poco a poco fue mejorando su comercio. Al cabo de seis o siete años, cuando debía andar por la treintena, el pulpero mudó su negocio frente a la llamada Plaza del Mercado; ocupó uno de los puntos de mayor importancia comercial de La Vega en un edificio grande, de ladrillos; y ya su negocio no era una pulpería, sino una tienda en grande, que vendía telas finas, zapatos importados, perfumes, y que ocupaba cuatro o cinco empleados.

El dueño vestía bien; era naturalmente elegante y sabía llevar el bastón y el amarillo sombrero de paja japonesa y la corbata negra.

Compró automóvil y tenía chofer. Del pueblo donde había nacido vinieron a hacerle compañía dos hermanas. Tal como las recuerda el autor, eran jóvenes, de dieciocho y veinte

años tal vez; y las dos bellísimas. Unas de ellas, sobre todo, había traído al mundo la gracia del movimiento, la finura en los gestos. Su sonrisa era deslumbrante; los ojos, color de uva verde, eran enormes, y resultaban desconcertantes en medio de una tez de color dorado y bajo una viva y espesa cabellera leonada.

Hombre correcto, que sabía halagar a todo el mundo, que llevaba vida decente, que se había labrado una posición económica importante, el comerciante quiso situar a sus hermanas en el ambiente que creyó apropiado para su situación; y solicitó ser miembro del Casino Central. Fue rechazado. A poco comenzaron a visitarle jóvenes, señoras y señores “de primera”, que iban a su comercio a tomar mercancías al crédito a cambio de insinuarle su “bola blanca” para la solicitud del próximo año. Comprometido a insistir, para dominar el ridículo, el hombre iba accediendo. Cuando los mozalbetes “de primera”, holgazanes y borrachos, descubrieron la debilidad del aspirante, comenzaron a pedirle dinero prestado, a tomarle bebidas al fiado, a ofrecerle su respaldo para que fuera aceptado en el club tan pronto solicitara; y llegaron, en los meses precedentes a la época de la solicitud, a llevarle a los barrios bajos de la ciudad, donde naturalmente él pagaba el ron, la comida y hasta las mujeres. Presentó la solicitud por segunda vez, y tuvo “bola negra”. Los mozalbetes “de primera”, pobretes que no podían pagar sus juergas, no iban a perder la mina encontrada.

Puesto en ese camino, el tercer año el negocio anduvo manga por hombro: las fiestas de mala ley, que antes habían sido semanales, pasaron a ser interdiarias y hasta diarias; el comerciante fue acostumbrándose a beber, a frecuentar mujerzuelas; y su negocio se desangraba, puesto que de hecho mantenía a una docena de disolutos, que de noche festejaban y de día dormían a pierna suelta, y porque además muchas

empingorotadas familias “de primera” compraban, sin pagar, la comida y la ropa en el comercio del aspirante, a cambio de un respaldo que no se había producido ni se produciría jamás.

Para las gentes “de primera”, arruinar económica, física y moralmente a aquel hombre era una hazaña, puesto que había aspirado a codearse con ellos, y eso lo exponía al ludibrio, a la venganza de un grupo endógeno, que se amurallaba en su odio al aspirante para justificar su impudicia. Después del tercer rechazo, aquel hombre quedó deshecho. Se presentó de improviso la gran crisis de 1929; fue su negocio a la quiebra; a él se le veía, un año después, andrajoso y barbudo, trastabillar borracho por los barrios bajos; y de sus hermanas, la de los ojos color de uva se refugió en el matrimonio. Casó con un campesino, y ahora debe estar criando nietos en un bohío de las montañas, seguramente sin más calzado que la chancleta, los hermosos ojos verdes arruinados por el humo de la leña en la mísera cocina, y aquella viva cabellera leonada destrozada por el maltrato y manchada por la canas.

IV: LA VENGANZA DE UN HOMBRE "DE SEGUNDA"

Rafael Leónidas Trujillo no tenía la contextura psíquica del comerciante de La Vega. El jefe del ejército cumplía treintisiete años cuando se le negó la entrada en el club de la ciudad que por esos días veía la ruina de aquel comerciante. A esa edad, a pesar de su cargo, Trujillo no era todavía una “persona importante”, en Santo Domingo se requería ser “de primera” y tener poderío económico. Aún hoy, Trujillo divide a los dominicanos en “importancias”, y Trujillo los divide así porque ése es un criterio generalizado en el país.

Como es lógico, esta actitud implica un desconocimiento casi absoluto, de la importancia integral del hombre, trátese de quien se trate.

En Santo Domingo la gente es “importante” o no lo es, criterio que hay que tomar en cuenta a la hora de juzgar las causas del largo mantenimiento de la tiranía.

Cuando un dominicano produce la palabra “sociedad”, y más específicamente cuando dice “sociedad dominicana”, no está refiriéndose al pueblo, al conjunto de seres humanos que pueblan el país; está refiriéndose a la gente “de primera”.

Algunas especifican más diciendo, refiriéndose alguien, que es “de la primera sociedad”; pero en general se dice de fulano que “es de la sociedad dominicana”, lo cual no significa que es dominicano, sino que es hombre “de primera”. Por el sólo hecho de pertenecer a eso que en Santo Domingo llaman “sociedad”, ya un hombre tiene cierta importancia, pero no es “importante” si además no dispone de bienes o influencias.

Los que no pertenecen a la “sociedad” son gente de segunda” y pueblo llano, grupos los que no hay por qué tomar en cuenta para nada. Recuérdese que aunque era ya jefe del ejército, en 1929, un año antes de tomar el poder, Trujillo no era “de la sociedad” y por tanto no podía ser “importante”. Negarle importancia al jefe del ejército no podía ser sino el resultado de una mineralización de que no tenía bases económicas, culturales, raciales o de otro tipo. Ya por esa época, un grupo de arribista, oportunistas y picaros de la gente “de primera”, especialmente en la capital del país, rodeaba a Trujillo y lo estimulaba en sus aspiraciones a ser reconocido como hombre “importante”, lo que implicaba ser previamente admitido entre los grupos “de primera”.

Ahora bien, en la naturaleza psíquica de Trujillo, que venía deformada desde la infancia por las humillaciones recibidas debido al hecho de haber nacido “de segunda”, negarle importancia era algo imperdonable. Psique violenta, tempestuosa, la de Trujillo no estaba organizada según los principios que impone la convivencia. La frontera entre lo que le ordenaba hacer su deseo de venganza contra ésos que

le humillaban, y lo que debía hacer como si fuera de índole moral, capaz de evitar que la tempestad psíquica de Trujillo se desbordara sobre aquellos que le negaban importancia y le humillaban “echándole bola negra”: era la conciencia de que su poder como jefe del ejército sería jefe del Estado, la violencia de su alma rompería los diques; saltaría la frontera entre su necesidad de vengar las humillaciones y sus deberes de convivencia y en lugar de un gobernante preocupado por organizar al pueblo y dirigirlo hacia su desarrollo ciudadano, de manera que pudiera superar esa estúpida tradición división, se convertiría en un hombre que pudiera decidir quién debía ser “importante” y

quién “de primera”. En vez de dejarse derrotar, como el comerciante de La Vega, él aplastaría a sus oponentes. Aparte de los industriales del azúcar, en su mayoría norteamericanos, los banqueros, norteamericanos e ingleses, y los grandes comerciantes españoles, de cuya existencia apenas se daba cuenta el pueblo -por los menos, en el orden político-, la escasa riqueza criolla se hallaba en manos de los “dones”, terratenientes, ganaderos y comerciantes, con su inevitable grupito de prestamistas al diez por ciento mensual. El sector de los “dones” se había visto reforzado durante la dictadura de Ulises Heureaux, muerto a tiros en la ciudad de Moca en julio de 1898. Bajo el régimen de Heureaux se consolidaron y se ampliaron los latifundios; el dictador apoyó en grado notable la estabilidad de su gobierno en amigos a quienes dio carta blanca para que se convirtieran en latifundistas, y en cada región del país hubo dos o tres amigos de Heureaux que se repartieron las mejores tierras. Entre 1900 y 1930, los hijos y los herederos de aquellos latifundistas creados por Heureaux formaban el mayor núcleo de “dones”.

Siendo hijos de latifundistas, los nuevos “dones” podían pasar a ser gente “de primera”. Pues en el concepto medieval de los conquistadores españoles era deshonroso trabajar, pero no era deshonroso explotar el trabajo de otros. Más aún, los títulos de nobleza concedidos en los campamentos implicaban automáticamente señorío sobre tierras y hombres. Ese criterio, trasplantado a Santo Domingo con el segundo viaje de Colon, tenía toda su vigencia en la República Dominicana en pleno siglo XX. De manera que los que nacieron latifundistas, porque heredaron a los terratenientes creados por la dictadura de Heureaux, no tenían la mancha original de haber realizado

trabajos humildes; eran económicamente poderosos y podían ser de primera , aún habiendo sido sus padres o sus abuelos gentes “de segunda”.

Este fenómeno de transmigración de castas estaba realizándose cuando Trujillo tomó el poder, y de haberse producido en forma normal hubiera acabado dotando de base económica a la división de castas en Santo Domingo, con la cual el país, con un siglo de atraso, hubiera entrado en una etapa parecida a la de Venezuela cuando a principios del siglo XIX se hallaba claramente dividida entre aristócratas terratenientes y masa del pueblo.

Ahora bien, Trujillo no era terrateniente ni hijo de terrateniente; él mismo había realizado en su juventud trabajos considerados humildes en el país. Había sido telegrafista, jefe de orden en un ingenio de azúcar, y probablemente había desempeñado otros empleos de éstos que la gente “de primera” consideraba infamantes. Su necesidad de ser “importante”, que era un hambre voraz en su alma, le indicaba que debía ser rico a toda costa. Pero rico en forma indudable, en tal medida que nadie pudiera poner en duda su poderío económico; el más rico del mundo, y de ser posible, más que todos.

Esa necesidad enfermiza de tener una fortuna apabullante sólo se explica en quien haya crecido en un ambiente donde ser pobre resulte humillante; donde trabajar con las manos o en empleos subalternos sea deshonoroso. Obsérvese que el ansia de dinero de Trujillo no tiene relación, como sucede en países normales, con el propósito escueto de destacarse entre los demás como un capitán de empresas o con el más habitual de asegurarse los placeres que se compran con dinero y la estabilidad personal y familiar que da una buena cuenta bancaria. En el caso de Trujillo, la posesión de dinero en cantidades abrumadoras

está íntimamente relacionada con su necesidad vital de disponer de recursos contra la gente que le humilló por haber nacido “de segunda” y por no haber sido “importante”, y en segundo lugar con la necesidad de luchar contra los que pueden arrojarlo del poder, esto es, contra los que pueden quitarle su “importancia”.

Como todos los hombres dotados de una ambición descomunal, Rafael Leónidas Trujillo tuvo desde niño el instinto del poder del dinero. En Santo Domingo se llama “papeleta” al billete de banco. Cuando Trujillo tenía catorce años, un familiar le regaló una yegua. El nombre con que la bautizó su juvenil dueño fue “Papeleta”. A eso de los veinte años, Trujillo, que se había casado- primero de sus tres matrimonios- a los diecinueve, tuvo una hija; la bautizó Flor de Oro. Para un niño nacido y crecido en una villa rural, una yegua era un tesoro; en el caso de Trujillo, que ha mostrado en sus años de poder tanta inclinación a los buenos caballos, la yegua que recibió en obsequio a los catorce años debió ser un bien deslumbrante. Y ese bien fue llamado “Papeleta”, esto es, billete de banco. Para un mozo de veinte años, tener una hija es un acontecimiento; y en Trujillo, que ha probado querer a sus hijos en forma violenta y desordenada, al extremo de imponerlos como herederos de un monarca oriental, el nacimiento de su primera hija debió llenarlo de satisfacción. Y esa hija fue llamada Flor de Oro. No se necesita tener ciencia psiquiátrica para deducir en qué forma desmesurada el subconsciente de Trujillo se colmaba con la voluntad de tener fortuna.

Sólo con fortuna podía el niño Trujillo, primero, el joven Trujillo, primero, el joven Trujillo, después’ disipar esa amargura colérica que le producía haber nacido de segunda” y pobre, dos causas de humillación social que el

pueblo dominicano había recibido como herencia de sus conquistadores. Cuando, diecisiete años después de haberle nacido su primera hija, comprobó que no era bastante haber alcanzado una posición tan importante como la de jefe de ejército para salvar la distancia que le separaba de la gente de primera”, ya no era pobre aunque sus bienes no lo destacaban entre los ricos del país; tenía algún dinero, hecho al amparo de sus cargos militares, y sin embargo ese dinero no le daba categoría para pasar a ser “de primera” ni “importante”. Dentro de su manera peculiar de ver las cosas, primitiva y violenta, tenía necesariamente que convertirse en el más rico de todos los dominicanos y el hombre más poderoso del país. Así aplastaría a los que le humillaban.

Claro que la necesidad de ser poderoso y a la vez importante no determinó en Trujillo el propósito de ser dictador. Este deseo se hallaba en su naturaleza psíquica. Lo que hizo aquella necesidad fue dar matices peculiares a su voluntad de poder político. La ambición de ser líder es normal en personas de todos los pueblos y en todas las civilizaciones, y Trujillo la trajo al mundo. Antes que él la habían tenido muchos dominicanos; algunos la satisficieron, y fueron jefes de partidos, presidentes de la República. Lo que sucedió en el caso de Trujillo fue a su ambición resultó deformada por la deformación del medio social, por una deformación que tenía su primera causa en los vicios llevados a Santo Domingo por los conquistadores. Trujillo pudo haber sido incluso un dictador, como lo habían sido otros en su país y como lo fueron y lo serían tantos en América. Pero un dictador tan duro, tan inhumano, tan físicamente necesitado de oro, tan violentamente necesitado de aplastar y humillar a quien se le enfrentara, eso sólo podía

serlo porque la sociedad en que creció llenó su alma infantil, primero, y juvenil, después, de humillaciones imperdonables, por el delito de haber nacido en un hogar “de segunda” y económicamente modesto. En otros capítulos explicaremos cómo procedió Trujillo para convertirse en el dueño del país; en éste, para terminar lo relativo al daño social creado por la división de castas, debemos decir que tan pronto Trujillo afianzó su poder político sobre el país, hizo disolver el Club Unión de la Capital, donde se le había “echado bola negra” y estableció en su lugar el “Club Presidente Trujillo”. De esa manera, los que le habían rechazado quedaban sometidos. Para seguir siendo “de primera en la capital de la República, había que ser miembro único centro que funcionaba: el “Club Presidente Trujillo”. Y como ese grupo “de primera” había desarrollado, igual que las abejas, un hábito gregario del cual no podía librarse, le era imposible vivir sin su club; sin el lugar donde los jóvenes se corrompían con el juego de azar, la bebida, el comentario chismoso de cada día; el sitio donde las mujeres lucían trajes de seda en el baile y las jovencitas iban a recibir galanteos. La gente “de primera” de la capital, pues, pasó al Club Presidente Trujillo”, y los clubs de este nombre no tardaron en multiplicarse por el país, en sustitución de los que antes le cerraron las puertas al dictador. Por último, uno tras otro, cada club acabó nombrando a Trujillo presidente de honor, y él acabó convirtiéndose en el hombre que podía decir merecía ser miembro de sus clubs” y quién no; en definitiva, de él dependería en lo sucesivo poder ser “de primera” o “de segunda”.

Hijo más Trujillo: creó los llamados “clubs juveniles bajo el nombre de su hijo Ramfís, que en esos años era un infante de cuatro o cinco; con lo cual no sólo determinaba que él fuera el árbitro de la llamada sociedad dominicana”,

sino que imponía a su hijo, desde sus más tiernos años, como el árbitro de las nuevas generaciones. Su venganza no se detenía en el límite de su vida; iría más allá; la dejaría en herencia a su hijo y a sus nietos.

Como, dadas su naturaleza íntima y su escasa cultura, Trujillo confunde al pueblo dominicano con él, lo que importaba al dictador no era liquidar la tradicional división de castas del país, sino hacerla depender de su persona. Pudo haber procedido con una visión nacional y progresista del mal que él había sufrido, y en ese caso hubiera usado su poder en eliminar los clubs del país y arrancar para siempre la semilla de la división. No había razón alguna de valor político que lo impidiera, puesto que la división no se fundamentaba en categorías económicas. De la misma manera que sustituyó los clubs antiguos por los suyos, bajo su advocación, sin que eso pusiera en peligro su poder, pudo haberlos eliminados, y nada hubiera sucedido.

Es cierto que al dejar funcionando la división, y al convertirse en su árbitro, disponía de un instrumento de poder puesto que podía ofrecer a mucha gente de origen humilde la categoría de gente “de primera” como premio a la lealtad que él exigía. Pero esa posibilidad no era indispensable para garantizar la estabilidad de su régimen. En cambio, haber borrado de la conciencia dominicana la insensata y venenosa división de castas hubiera sido una obra de bien nacional.

Pero para Trujillo el bien nacional sólo cuenta cuando no se opone a su naturaleza psicológica dura, tempestuosa, vengativa. Ahora bien, no echemos en olvido que en las inclinaciones de esa naturaleza social fue llevada al país por los conquistadores, y prolongada y mantenida, durante dos siglos, por los colonizadores.

La raíz psicológica del trujillismo, pues hay que buscarla en el primer acto de la Conquista, realizado cuando el almirante don Cristóbal Colón tocó tierra en la Española, en su segundo viaje transoceánico, el 27 de noviembre de 1493.

EL ORIGEN BIOLÓGICO

V: EL ABANDONO DE LA ESPAÑOLA: SUS CONSECUENCIAS PARA EL PAÍS

Sobre el conjunto de pueblos de la península española, unidos en su lucha contra los árabes, acabó imponiéndose la voluntad dominante de los pastores de Castilla, que necesitaban cada vez más tierras para sus majadas y sus hatos. La aristocracia de los campamentos fue, pues, latifundista; de ahí su soberbia, empapada en salsa medieval.

Al andar de los siglos, en la lejana isla de Santo Domingo, conquistada y colonizada por una España ya castellanizada, el contenido económico y la modalidad militar de aquella aristocracia fue desapareciendo, y al cabo sólo quedó la cáscara vacía; la soberbia y el recuerdo de la salsa, ambas de tanta fuerza, sin embargo, debido a su potente mineralización, que pudieron deformar a mucha gente cuatrocientos años después del día en que tocaron tierra dominicana.

Pero además de esa infección de un mal típicamente español -o castellano, si se prefiere-, la infortunada isla que Colón con el nombre de Española padeció otros males, tal como si con el nombre le tocara heredar lo peor del esforzado país que hizo el descubrimiento y la conquista. Y resulta

sorprendente observar que así como psicológicamente Rafael Leónidas Trujillo es el producto de la soberbia aristocrática guerrera y latifundista de Castilla degenerada en Santo Domingo, biológicamente es el fruto directo del prolongado abandono en que España mantuvo, siglo tras siglo, a la que fue la primera de sus innumerables colonias.

Prácticamente abandonada cuando apenas habían transcurrido cincuenta años desde el día en que comenzó a ser colonizada, la isla, abundante en grandes bosques, grandes ríos, valles enormes y fértiles, apenas mantenía en 1570 una familia en cada diez kilómetros cuadrados. Y aún esto es un decir, porque los treinticinco mil habitantes que tenía La Española en 1570 estaban concentrados en un punto de la costa sur, en el camino entre ese punto y la ciudad de Santiago de los Caballeros, hacia el norte, y en algunos establecimientos aislados que carecían de importancia demográfica.

Pero sucedió que mientras la población fue disminuyendo, las reses, los cerdos y hasta los perros llevados por el Almirante en 1493 se multiplicaban en cantidades asombrosas; tan asombrosas que en vida de don Diego Colón hubo de hecho una guerra contra los perros salvajes, que bajaban en grandes grupos a los caseríos y atacaban a los habitantes. En cuanto a los cerdos y a las reses, todavía hacia 1925 se encontraban manadas de los primeros en las montañas, y en ciertos lugares había gente cuyo oficio era el de “montero”, esto es cazador de toros cimarrones; y aún hoy se ve pasar de tarde en tarde, por la sombra de los bosques, algún perro salvaje, llamado por los campesinos “perro jíbaro”.

La isla era grande, rica en vegetación, rica en ríos. Ni en las aguas ni en la tierra había animal que atacara al ganado, salvo tal vez los caimanes en cierta región del norte y en cierto lugar del sur. De manera que las montañas y los valles se convirtieron en un criadero natural de reses y cerdos. Tras las reses y los cerdos llegaron a La Española en 1570 estaban

concentrados en un punto de la costa sur. De manera que las montañas y los valles se convirtieron en un criadero natural de reses y cerdos. Tras las reses y los cerdos llegaron a La Española los cazadores franceses, ingleses y holandeses, que serían conocidos como bucaneros y que al andar del tiempo se transformarían en piratas, azote de los galeones españoles y depredadores del mar.

Esos cazadores se internaban en los bosques y pasaban allí años cazando. Asaban las carnes en “bucanes”, una especie de parrilla de ramas verdes, hecha sobre estacas también verdes, a cosa de un metro del suelo. Del uso del “bucan”, vocablo indígena, les vino el nombre de bucaneros. Cada cazador tenía aprendices, generalmente mozos ingleses y franceses que se encontraban en Europa para trabajar en las Antillas por tres años, y que eran vendidos por ese tiempo. El cazador y sus aprendices deshidrataban las carnes en los bucanes, secaban los cueros, y con carne y cueros se dirigían a la costa para venderlos a los comerciantes furtivos, holandeses, franceses, ingleses, que vivían del contrabando en el Caribe.

Desde sus palacios de Toledo los amos del imperio americano habían prohibido a sus colonos de América comerciar con extranjeros; pero no tenían guarniciones militares ni flotas de guerra que pudiera hacer buena la prohibición. En el caso de La Española, no podían siquiera mantener alejados de allí los bucaneros. Estos, que aumentaban en número y que se organizaban poco a poco, acabaron tomando posesión de La Tortuga, una isla adyacente de La Española, pasó a ser la plataforma del comercio de comercio de contrabando con La Española y Cuba, luego, el cuartel general de la piratería, después el punto de penetración del imperio francés en el Caribe, y por fin el huevo en que se empolló Haití, cuya existencia cambió el rumbo histórico de Santo Domingo.

Hasta 1598, año de su muerte, Felipe II, que había gobernado desde 1555, se mantuvo empeñado en guerras

contra Inglaterra, Flandes, Francia. Apreciaba sobre todas las cosas su título de “defensor de la cristiandad”, de manera que mal podían preocuparle los desafueros que estuvieran cometiendo en la remota colonia del Caribe los comerciantes extranjeros. Al morir le sucedió su hijo Felipe III, de quien el padre había dicho: “Dios que me ha dado tantos reinos me ha negado un hijo capaz de regirlos”. Ese hijo decidió, a principios del siglo XVII, que para impedir a los contrabandistas negociar con la población de Santo Domingo debían abandonarse las fundaciones de la costa del norte y de la costa oeste. Se hizo como mandó el rey, con lo cual la isla quedó más desguarnecida y los bucaneros tuvieron un amplio campo para entrar en ella. La colonia degeneraba tanto que en la ciudad capital, creada un siglo antes para ser una réplica de Toledo, apenas quedaban trescientos habitantes en 1606. Algunos años después la población, que había llegado a ser de sólo treinticinco mil almas en 1570, estaba por debajo de ese número. Durante todo el gobierno de los Austria, que duraría lo que faltaba de siglo-hasta 1700-, la colonia iría decayendo, sin que se tomara medida alguna para mejorar su suerte.

Pero mientras España decaía otras naciones luchaban por aumentar su poder y por poner la mano en el botín americano. Francia e Inglaterra, sobre todo, usaban cuantos medios se hallaban a su alcance para participar en el festín colonial. El gobierno español vendía los cargos en las colonias, y los funcionarios, que regularmente pagaban sus puestos a alto precio, trataban de resarcirse pronto permitiendo, por dinero, el comercio ilegal; por otra parte ese comercio ilegal era estimulado por los gobiernos de Inglaterra y Francia, y se sabe que en muchos casos los propios reyes de esos países participaban con capital y con derecho a beneficios en tal tipo de comercio. Cuando la piratería llegó a organizarse como empresa político-eco- nómica, detrás de ella estaban los monarcas de Londres y de París. España, mientras tanto, actuaba a la defensiva, como en el caso de

Santo Domingo, apenas actuaba.

Ya en 1527 había piratas en aguas de la Española; durante el siglo XVI se produjeron varios asaltos a establecimientos de la isla, hasta culminar en la toma de la capital por Sir Francis Drake en 1586. En 1609, los holandeses comenzaron a entrar en acción en el Caribe, autorizados de hecho por la Corona española para negociar libremente en las Indias. Hacia 1630 La Tortuga era una base del comercio de contrabando y el mercado fijo de la carne y los cueros que producían los bucaneros en La Española. Hacia 1643 un ataque español sobre La Tortuga terminó en desastre y los bucaneros, los corsarios que la tenían como lugar de carena, respondieron atacando los poblados de la isla mayor. La Española estaban tan abandonada a su suerte que en 1655 había madrigueras de piratas en sus propias costas, como una de corsarios ingleses que se hallaba en Samaná, hermosa bahía situada en la costa del este. Desde principios del siglo XVII bucaneros ingleses y franceses se disputaban el gobierno de La Tortuga, como si fuera tierra de nadie. Las autoridades coloniales de La Española atacaban de tarde en tarde a los intrusos, los desalojaban, pero no dejaban guarnición fija.

Mientras tanto La Tortuga se convertía cada vez más, no sólo en el punto comercial de los bucaneros que operaban en La Española, sino sobre todo en cuartel general de la piratería.

Sin que España se diera cuenta los franceses acabaron tomando posesión de La Tortuga y desde allí extendieron su autoridad a la costa de La Española, en la porción noroccidental. Hacia 1654 el Caballero de Fontanay se hacía llamar “Real Gobernador de Tortuga y de la Costa de Santo Domingo”; y a partir de entonces llegó a ser tanto el poderío de bucaneros y piratas unidos que en 1659 penetraron hacia el este con una columna de cuatrocientos hombres, tomaron por sorpresa la ciudad de Santiago de los Caballeros y prendieron al gobernador, a quien se llevaron en rehenes.

El gobernador de La Tortuga era francés, pero gobernaba por igual sobre franceses, sobre ingleses, sobre africanos, mulatos nativos, y gente llegada de otros países. En 1664 Richelieu formaba en Francia la Compañía Francesa de la Indias Occidentales, una empresa comercial con todo el apoyo del gobierno de Luis XIV. Esa compañía compró, por quince mil libras francesas, el derecho de posesión de La Tortuga y de las tierras de La Española que estaban bajo el dominio armado del gobernador de facto de La Tortuga. Por disposición real, la compañía estaba autorizada a designar gobernador; y lo hizo. Así pasó una parte de La Española a ser propiedad de una empresa comercial del gobierno francés, sin que España tratara de impedirlo. Gobernaba entonces sobre el imperio donde no se ponía el sol Felipe IV que iba a morir por esos días; en 1666 le sucedería Carlos el Hechizado, último vástago de los Austria, llamado a consagrar, tres años antes de su muerte, la división de La Española en colonia de España al este y colonia de Francia al oeste.

La franceses se establecieron en la parte occidental de la isla por derecho de conquista. Pero debe tomarse en cuenta que esa conquista no fue hecha por ejército franceses, sino por bucaneros y piratas, que les disputaron la posesión de La Tortuga, primero, y de la costa vecina después, no sólo a los españoles, sino también a los ingleses. Por otra parte los ingleses eran en la Tortuga tan intrusos como los franceses. La historia de esas luchas por la pequeña isla que llegó a ser el refugio de los “Hermanos de la Costa” es aleccionadora en grado sumo, no sólo porque en ellas se batieron fuerzas encontradas en la larga lucha por el escasa por el poder colonial europeo en el Caribe, sino porque es la mejor muestra de la escasa capacidad que tuvo España, por lo menos durante la dinastía de los Austria, para mantener, defender y desarrollar un imperio colonial.

Resulta más curioso todavía observar ahora, tres siglos después del día en que Francia tomó posesión de una parte de La Española, que esas luchas de ingleses, franceses y españoles, esa orgía histórica de cazadores de los bosques, pirata, esclavos europeos y esclavos africanos y funcionarios españoles venales, acabaría produciendo físicamente a un

tirano de la categoría de Rafael Leónidas Trujillo. Lo que demuestra que en el gigantesco juego del poder mundial, como en una partida de ajedrez, el que descuida una pieza pequeña puede sufrir al final una derrota grande. Pues la existencia de Trujillo en Santo Domingo es una acusación contra la política colonial española, y una acusación bien fundada tiene para quien la sufre el valor moral de una derrota. Biológicamente, como se verá luego, Rafael Leónidas Trujillo es el fruto del abandono de La Española, a la que España conquistó y no cuidó, con grave delito de irresponsabilidad histórica.

VI: LA isla dividida: NACIMIENTO DE HAITÍ

Al finalizar el siglo XVII, el pueblo dominicano estaba ya formándose. Era pobre en número, y por tanto vivía aislado entre sí; estaba abandonado de su metrópoli y tenía

que arreglárselas como podía. Tuvo, pues, que modificar la vida española según los arbitrios que tenía a mano; se acostumbraba a un nuevo tipo de ropa, a la vivienda que podía hacer con los medios que le daba su tierra, a las armas que podía fabricar, a la comida que le producía su suelo; tuvo que modificar incluso la lengua, matizándola con acentos indígenas, negros y extranjeros. En la región del Cibao se habla un español deformado que difícilmente puede ser comprendido en Santo Domingo por negros “curros”, llevados directamente de España en el siglo XVI. Hasta la división de castas de la península resultó modificada en la colonia, puesto que ya no tenía el contenido económico y militar con que fue introducida en La Española.

La preocupación principal de ese pueblo en formación, a partir de 1665, fue luchar contra los franceses que habían tomado posesión de la parte occidental. Los ataques de los colonos españoles que en realidad ya eran nativos de la isla, y culturalmente más dominicanos que españoles, no lograron modificar la situación.

El poder francés era más fuerte, porque era el poder de su imperio. Cada día los ocupantes de la costa de su imperio. Cada día los ocupantes de la costa del oeste penetraban más hacia el este. En 1670 fundaron en la costa del norte la ciudad de Cabo Francés, que más tarde iba a llamarse, hasta hoy, Cabo Haitiano. Cuando se produjo la Paz de Nimega, en 1678, en realidad más que paz, tregua en la lucha de Luis XIV contra España, la monarquía española reconoció que ocupaba en La Española.

Pero Luis XIV no había esperado ese reconocimiento. En 1670 le había dado a la Compañía Francesa para la Indias Occidentales libertad completa de importación de esclavos para lo que él consideraba ya su colonia”. Y así nació Haití, llamada a ser, pocos años después, sobre unos quince mil kilómetros cuadrados sin un yacimiento de oro, plata u otro metal, la colonia más rica del mundo en su época.

Por fin en 1697, año final de la tercera guerra entre la

España de Carlos el Hechizado y la Francia del Rey Sol, los plenipotenciarios españoles que firmaron la Paz de Ryswick reconocieron que era legal la autoridad francesa sobre Haití. La isla quedaba dividida en dos colonias, y el destino del pueblo dominicano iba a ser gravemente afectado por esa división.

Paso el siglo XVII. Con él se extinguieron los Austria y la monarquía española fue a manos de los Borbones, en la persona de un nieto de Luis XIV, Felipe Duque de Anjou, que tomó el nombre de Felipe V. Se iniciaba la etapa más fecunda de América y la mejor de la colonia hispánica en la isla Española, que pasaba por esos días a llamarse Santo Domingo. Pero el desarrollo de la parte española demoraría largo tiempo, mientras que el de la parte francesa, llamada ya indistintamente Saint-Domingue y Haití, se realizaría con frenética rapidez, impulsada por el naciente capitalismo francés, que hizo de ella la primera verdadera factoría colonial de los tiempos modernos.

No es fácil saber cuál era la población de la colonia francesa cuando en 1670 se decretó la libertad del tráfico esclavista, pero por los datos que se tienen de los pobladores de La Tortuga puede estimarse que en franja costera del oeste y del norte y en la propia Tortuga no debía haber diez mil habitantes. Quizá esa cifra es exagerada, y aún exageradísima. Sin embargo pocos años después Cabo Francés, convertida en la capital de la colonia, era una ciudad importante. Hacia 1740 había teatros en varios lugares de Haití; en 1749 fue fundado Puerto Príncipe, que llegaría a ser la capital. En 1785 la población de la colonia era de medio millón de habitantes, de los cuáles sólo treintinueve mil eran blancos franceses, unos cincuenta mil negros y mulatos libertos, y el resto esclavos negros. A esa misma época, la colonia española del este, que había progresado enormemente gracias a la política neomercantilista de los Borbones hispánicos, tenía una población calculada en ciento cincuenta mil. Ahora bien, los de Santo Domingo eran ciento cincuenta mil habitantes en sesenta mil kilómetros cuadrados; los de

Haití, medio millón en unos quince mil kilómetros cuadrados. La proporción, en densidad, era de 33 a 2.5 a favor de Haití; y en cuanto a la riqueza, no había posibilidad de comparar. La riqueza haitiana se había desarrollado sobre la base de establecimientos industriales operados por mano esclava, con fuerte inversión inicial de capitales, alta técnica de técnica de producción, mercado de consumo asegurado en la metrópoli y beneficios elevados, fundamentalmente debido al trabajo esclavo. Haití, pues, usaba los dos términos extremos de una economía que estaba transformándose en capitalista, de artesana en industrial.

En 1789, mientras Francia se encontraba en las puertas de la Revolución, Haití se hallaba en increíble grado de prosperidad, sin deudas, produciendo más que nunca. Richard Patee recuerda que “si el azúcar constituía la base de toda esa prosperidad, no debe olvidarse que la colonia poseía igualmente numerosas fábricas, especialmente para la elaboración de productos tropicales. Había también una exportación creciente de café y de cacao, sin hablar de la fabricación de cerámica, de tejas y de los productos de cuero”.

Desde 1777, año en que se había firmado el pacto de Aranjuez para fijar la frontera de las dos colonias, había paz entre Haití y Santo Domingo. Todo, pues, anunciaba mayor esplendor a la riqueza de los colonos franceses de Haití. Pero entonces estalló en Francia la Revolución, y la isla entera sería conmovida de manera avasalladora. En Europa, el Borbón español -Carlos IV- se enfrentó a la Revolución que decapitó al Borbón francés Luis XVI; pero en la isla las autoridades coloniales españolas y francesas se pusieron de acuerdo en un punto: que no se reconociera la igualdad, proclamada en la Convención de París. Esto se explica porque en la zona española había también esclavos. Un cabecilla mulato haitiano, llamado Vicent Ogé, que había iniciado en Haití una rebelión de los esclavos contra las autoridades que se negaban iniciado en Haití una rebelión

de los esclavos contra las autoridades que se negaban a aplicar los acuerdos de la Convención, huyó a la parte española; fue hecho preso allí y entregado a sus perseguidores. Murió martirizado en febrero de 1791, en la plaza de Cabo Francés. En agosto del mismo año estalló la sangrienta rebelión de Boukman. París envió a la colonia una comisión, que halló a los dueños de esclavos opuestos a la menor concesión, y a las autoridades coloniales apoyando a los esclavistas.

Dispuestos a imponer en la colonia las disposiciones de la Convención, los comisionados, apoyados en los negros y los mulatos libertos, llamaron en su auxilio a los esclavos.

Mientras tanto, estimuladas por órdenes de Madrid, las autoridades de Santo Domingo metían leños en la hoguera, sin darse cuenta de que esa hoguera iba a consumirlo todo en la isla. A la altura de 1793 los esclavos haitianos eran el sostén de los comisionados de la Convención francesa, y eran ellos quienes defendían la colonia contra los ataques procedentes de la parte española y los que lanzaban por el mar los ingleses, cuyo reino se hallaba en guerra con Francia. En reconocimiento a su conducta leal, los esclavos, negros y mulatos fueron declarados libres en agosto de 1793.

Ahora bien, había sucedido que desde el levantamiento de Boukman varios esclavos haitianos que capitanearon entonces grupos de sublevados recibieron protección en la vecina colonia española. La malicia elemental de las autoridades españolas les llevó a creer que debían reservarse fichas para el juego de la política colonial, y que esos jefes de esclavos serían buenos instrumentos para mantener inquieta a la colonia francesa, una vez hubiera pasado la tempestad revolucionaria. Muchos de tales jefes recibieron despachos de generales españoles y a todos se les dieron armas y medios para que incursionaran en Haití. Entre ellos estaba Toussaint Louverture, antiguo cochero de sus amos franceses, alma de gran jefe militar y civil, que tenía unos cincuenta años por los días en que actuaba como agente

español en Haití.

Cuando Toussaint supo que los comisionados de la Convención habían decretado la libertad de los esclavos, se puso a la orden de la comisión; volvió armas contra sus aliados españoles y comenzó a reconquistar, en nombre del gobierno francés, las ciudades haitianas del interior y de la costa que se hallaban en manos españolas e inglesas. En el término de un año el antiguo esclavo era general de brigada francés, por nombramiento de la Convención; casi inmediatamente después se elevaba a la función de teniente gobernador de Haití; en 1795 quedaba designado capitán general de las fuerzas armadas de Haití. En menos de seis años, los esclavistas de Haití frenéticamente opuestos a que se les concediera a los negros el derecho de igualdad, se hallaban bajo la autoridad de un negro que en 1789 conducía la calesa de sus amos por los empedrados caminos del norte.

La gran tempestad no se había desatado todavía sobre la isla, pero sus violentas ráfagas costaban ya miles de vidas, los propietarios de las dos colonias abandonaban las plantaciones y se iban a Cuba, a Puerto Rico, a Tierra Firme. Las ricas mansiones de los ingenios de azúcar y de los cafetales se quedaban vacías; los blancos franceses y españoles se llevaban consigo no sólo el dinero, sino las porcelanas, los pianos, los libros. En la colonia española, el abandono se acentuó a partir de los últimos meses de 1795, cuando llegó a Santo Domingo la noticia de que en la Paz de Basilea, acordada en julio de ese año, España había cedido a la República francesa la parte del este, que desde hacía trescientos años había sido su colonia. Santo Domingo había sido entregada a Francia a cambio de que los franceses abandonaran las plazas que ocupaban en España; de manera que la lejana colonia debía ser el precio de la incapacidad de España para defender su propio suelo.

Pero Francia no estaba en capacidad de ocupar militarmente toda la isla. Los ingleses seguían pisando tierra haitiana, y Toussaint, jefe de armas y cabeza política, usaba contra ellos cañones y diplomacia. Al fin, en 1798 logró que los ingleses evacuaran sus posiciones. Pero entonces tuvo que fijar su atención en un mulato haitiano que había

descollado en el sur, el general André Rigaud. Rigaud había acabado estableciendo su autoridad, independiente de la de Toussaint, en toda la zona del sur, donde también había combatido a los ingleses. Louverture se propuso reducirle, y la guerra civil que se produjo entonces, ya hacia 1798, duró dos años y fue de una ferocidad inaudita. Ardían campos, poblados y mansiones, ingenios y cafetales, y mientras se mataban entre sí, los antiguos esclavos de Haití iban matando también blancos franceses.

Al quedar vencido Rigaud, a mediados del 1800, Toussaint Louverture volvió la mirada hacia la colonia española del este, cedida a Francia desde hacía cinco años, y pasó a ocuparla. “La isla es una e indivisible”, declaró.

Cuando el brillante general haitiano entraba en la ciudad que había sido la Primada de América, finalizando ya el siglo XVIII, la colonia de Santo Domingo cerraba un ciclo de su historia. Los impulsos de progreso que la habían llevado de menos de treinta y cinco mil habitantes en 1700 a más de ciento cincuenta mil en 1785, el activo comercio, la multiplicación de los hatos y de los cortes de madera, la apertura de caminos, el establecimiento de núcleos de riqueza y cultura dejaron de expandirse, primero; se paralizaron después, y comenzaron a debilitarse con el éxodo de las familias pudientes y cultas. Por último en el año 1800 se convertía de hecho en territorio francés gobernado por haitianos que hasta pocos años antes habían sido esclavos. La revolución le era impuesta desde afuera, cuando todavía no estaba madura para recibirla, ni la deseaba ni la comprendía. La historia arrancaba de su árbol el fruto dominicano antes de que los jugos vitales le hubieran dado su desarrollo natural.

Sin embargo Santo Domingo estaba en los preludios de la tempestad. La isla había pasado a ser juguete de la política imperial europea desde que Colón la conquistara en 1493, y era lógico que en esa condición tuviera que padecer los vaivenes de Europa. La sombra de Napoleón tenía que proyectarse sobre ella; y se proyectó.

Napoleón necesitaba seguridad en Haití. El impetuoso conquistador planeaba montar una réplica del imperio en la Louisiana y Santo Domingo debía ser la base de operaciones. Toussaint Louverture, gobernador de la isla, no ofrecía garantías de seguridad. Así, a fines de 1801 comenzó a prepararse una gran expedición, que debía dominar la isla, deponer a Toussaint y organizar la colonia bajo el mando del marido de Paulina Bonaparte -el general Víctor Emmanuel Leclerc-, para que sirviera a los fines napoleónicos en la América del Norte.

Por la bahía de Samaná, donde siglo y medio antes había madrigueras de piratas, llegó una flota de ochenta barcos, al mando del general Kerverseau, mientras Leclerc se presentaba frente a Cabo Francés. Los dominicanos ayudaron a Kerverseau a limpiar su país de haitianos, pero en Haití, Henri Christophe, oficial de Toussaint, prefirió la aniquilación de Cabo Francés, y la ciudad ardió a los ojos de la flota francesa.

Sin embargo Toussaint fue hecho preso, al fin, y enviado a Francia. Pero Haití entero se sublevó, y al mismo tiempo en la antigua parte española se sublevaron los esclavos, que habían visto a sus hermanos de Haití gobernando la antigua colonia e imponiendo la ley sobre sus amos.

El cuñado de Bonaparte murió a causa de fiebres tropicales; los ingleses estimulaban a los haitianos a luchar contra las fuerzas del Emperador; el único jefe haitiano con autoridad sobre las masas negras

se hallaba preso en Francia. La tempestad se desató, y ya nadie pudo contenerla. Para someter a las masas sublevadas, al sucesor de Leclerc se le ocurrió una idea peregrina: el restablecimiento de la esclavitud.

La tremenda rebelión comenzó a fines de 1802, y quince meses después, el primero de enero de 1804, Haití se proclamaba república independiente, la primera república negra de los tiempos modernos y la segunda república en el nuevo mundo sólo precedida por los Estados Unidos.

En quince meses de guerra, bajo el mando de Jean Jacques Dessalines, los haitianos hicieron la revolución más completa que recuerda la historia de la humanidad; la única que fue a un mismo tiempo guerra social, de esclavos contra blancos. “El color blanco es la desgracia de Haití”, había proclamado Dessalines. Arrancó ese color de la bandera francesa, y con el azul y el rojo restante hizo la haitiana; y arrancó la vida a cuanto blanco quedó en el país. Los pozos de los ingenios, con cuyas aguas se regaban antes los sembradíos, fueron cegados con blancos vivos, hombres, mujeres y niños, que de amos de la tierra pasaron a integrarla.

Cuando hubo dominado en Haití Dessalines pasó a batir a los franceses en la antigua porción española. Pero no era ya simplemente el general Dessalines, sino el Emperador Jacques I, y como jefe de la columna que entró por el norte iba Henri Christophe, que acabaría su vida siendo rey.

VII: LA ARRITMIA

HISTORIA DOMINICANA

La guerra, al fin, la verdadera guerra revolucionaria, con su origen social y su complicación racial; había llegado a Santo Domingo. Era la primavera de 1805. Desde hacía quince años la isla vivía en convulsiones, y cada estampido de cañón disparado en Haití, cada alarido de los degollados, resonaba en la parte española, que ya no era española, puesto que las tropas napoleónicas, al mando del general Ferrand, venían ocupándola desde 1802.

En esos quince años la población debe haber descendido a la mitad. No hay informaciones que permitan asegurar qué población tenía en 1805 la antigua colonia de España, pero cuarenta años después los habitantes no pasaban de ciento veinticinco mil, lo que indica que en 1805 debían ser menos de setenta y cinco mil. Entre ellos, muy escasos eran los hombres de poder económico y relativamente escasos los blancos, puesto que los que tenían con que irse del país lo habían hecho. Sin embargo siempre quedaba en cada población importante, sobre todo en la región del Cibao -que está en la parte norte-, algún que otro centenar de dueños de hatos y de familias blancas,

mas o menos distinguida o de cierto linaje e importancia. Debían quedar los artesanos, los pequeños comerciantes y propietarios, los “de segunda”, en fin, que no disponían de bienes suficientes para abandonar su tierra; y quedaba la gran masa de la población, mestiza en su mayoría, y por último los esclavos y los negros libertos.

Los esclavos no debían ser muchos, puesto que apenas había amos.

Jacques I entró en Santo Domingo por el sur y su teniente Henri Christophe por el norte; y por donde pasaban, especialmente en la ruta del norte que era la más poblada, los veinticinco mil hombres del ejército haitiano

iban haciendo la revolución a la manera en que la habían hecho en su tierra: degollando blancos, quemando plantaciones, destruyendo riquezas, liberando esclavos.

En ese año de 1805, de terror para los dominicanos, no sucedía nada parecido ni en Cuba en Puerto Rico, las dos isla gobernadas por España, ambas situadas en los dos flancos de Santo Domingo; y desde luego nada hubiera estado sucediendo en Santo Domingo de no hallarse la colonia francesa de Haití en un costado de su isla. Precisamente hacia 1805 Cuba se preparaba a heredar el papel de Haití como productora y vendedora de azúcar en el mercado mundial, lo que haría de ella, en pocos años, el emporio antillano. Santo Domingo era el cordero expiatorio de los errores coloniales de España en el Caribe, y como tal, ella debía todo el peso de la expiación. ’

La presencia de los ejércitos haitianos en Santo Domingo no fue larga. Dessalines sitió la vieja ciudad de los Colón. Pero la capital de la antigua colonia española había sido amurallada y guarnecida de fuertes en el siglo anterior, y el emperador de Haití no pudo tomarla. Cuando la tenía sitiada, una flota francesa llegó al puerto en auxilio de Ferrand. El emperador negro levantó el sitio. En su retirada degolló, quemó, violó.

Vuelto a Haití, empezó a organizar su imperio. Pero fue asesinado en octubre de 1807, y su cadáver ultrajado quedó insepulto hasta que un loco recogió los restos y les dio tierra.

La escasa población dominicana quedó aterrada por la incursión de Dessalines. Temía y odiaba al haitiano, y pensaba que mientras Francia gobernara en la antigua colonia española los haitianos tendrían razones para invadir de nuevo. Además no había causas para que el pueblo reconociera el dominio francés como justificado. Los franceses no hablaban su lengua, no conocían sus tradiciones y eran ocupantes militares.

De manera que cuando vinieron a pasar tres años de la retirada de Dessalines, los dominicanos se sublevaron contra

el dominio francés. La sublevación comenzó en el sur, hacia la frontera con Haití, y no sería dudoso que los haitianos la favorecieran. Fracaso pronto, pero se renovó en otro extremo del país, en las llanuras de la región oriental, esta vez bajo el comando de Juan Sánchez Ramírez, hacendado del Valle de la Vega Real. El gobierno haitiano había entrado en descomposición; Dessalines estaba muerto ya y la amenaza haitiana no parecía tan próxima. Los dominicanos que siguieron a Sánchez Ramírez -dominicano él mismo- lo hicieron para reincorporar el país a España.

Sánchez Ramírez no tenía experiencia militar, pero sabía mandar, se enfrentó al general Ferrand en la sabana de Palo Hincado, el francés al mando de veteranos napoleónicos, él al de jinetes de los llanos, peones de hatos y conuqueros de machete. Proclamó ante su tropa: “Pena de la vida al soldado que volviere la cara atrás, pena de la vida al tambor que tocara retirada y pena de la vida al oficial que la mandare aunque fuere yo mismo” Hablaba como los romanos de los tiempos heroicos. Venció. Ferrand, que huía hacia la capital, quedó rodeado y se saltó los sesos de un pistoletazo. Sánchez Ramírez avanzó sobre la capital; los sublevados del sur avanzaron también, y la ciudad quedó sitiada por tierra. Una escuadra inglesa acudió completó el sitio por agua. (*)

Tras una resistencia prolongada y penosa, agravada por los bombardeos de la flota inglesa, el general Dubarquier, jefe francés, entregó la plaza. Los ingleses recibieron la rendición, cobraron su ayuda en especie y en promesas, y entregaron el mando de la colonia a Juan Sánchez Ramírez. Y he aquí que don Juan Sánchez Ramírez, dominicano, proclamó la reincorporación a España, se designó a sí mismo capitán general de la colonia y pasó a gobernarla hasta su muerte, ocurrida en 1811.

*Cfr. “Palo hincado: una batalla decisiva”, en política, teoría y acción, Año VII, No. 79, Santo Domingo,

Órgano del comité Central del PLD, Octubre de 1986, pp. 1-6.

Tómese nota de la arritmia histórica dominicano: en 1809, cuando a punto de iniciarse la revolución de independencia en América del Sur, los dominicanos se declaraban por sí mismos colonos de España. La metrópoli los había abandonado hacía tiempo; los había entregado al poder francés, después de haber abierto a los franceses un costado de la rica y hermosa isla, y ellos retomaban a ser vasallos de la corona española y para lograrlo derramaban su sangre en Palo Hincado y en el sitio de Santo Domingo.

En el momento en que se reincorporaba a España Santo Domingo era el asiento de la pobreza, la estampa misma del atraso. No había escuelas, no había teatros, no había fondos con que solventar los gastos oficiales; no había ni siquiera luz para las calles de la vieja ciudad de los Colón, ni siembras en los campos ni industrias funcionando.

El gobierno de Sánchez Ramírez fue típicamente colonial, esclavista, de dueño de hato sobre peones. Freía en aceite a los que se rebelaban; manejaba con mano dura aquella colonia abandonada, que tres siglos después de haber visto alzarse al Alcázar de Don Diego, rebullente de lujos, se hallaba con un quinto de su territorio en otras manos, con las ciudades en ruinas, los caminos cubiertos de bosque, y apenas sesenta mil almas- unas doce mil familias- de recursos míseros poblados los valles y las montañas, a razón de una familia por cada cinco kilómetros cuadrados. La guerra social había prendido; Haití había dado el ejemplo de la independencia, y los dominicanos no lo tomaron en cuenta. La primera colonia que se organizó en América había perdido el ritmo de la historia, y se hallaba retrasada económica, social, cultural y políticamente.

Resulta exagerado hablar de fuerzas políticas en sesenta mil habitantes tan diseminados, pero si esa población fue capaz de hacer frente a los ejércitos europeos

de Napoleón, algo le daba vitalidad. La política de los borbones fue más que inteligente; fue admirable, sobre todo en el gobierno de Carlos III. Sus grandes líneas fueron la libertad comercial- al extremo de que las colonias americanas resultaron de hecho comercialmente libres-, prosperidad para los propietarios, pequeños comerciantes y artesanado. El pueblo dominicano quedó desmedrado en hombres y riquezas en menos de veinte años, época crítica de las luchas originadas en la isla por la Revolución Francesa; pero hay que suponer que lo esencial del clima político que había en el país hacia 1790, quedó como bien común en los sesenta mil habitantes a que se redujo la población. El sentimiento españolista debía ser fuerte, pues; lo cual explica la reincorporación a la vieja metrópoli.

Pero en el movimiento de reincorporación debió haber también una dosis de reaccionarismo a las prédicas y las prácticas revolucionarias de los haitianos y de los propios franceses que ocupaban en país. Los haitianos hicieron degüello de propietarios en la antigua parte española, y los que iniciaron el movimiento de reincorporación eran propietarios fuertes, tanto los que comenzaron la lucha en la región del sur como los que la llevaron a buen éxito en el este.

Don Juan Sánchez Ramírez moría en 1811, precisamente el año en que los venezolanos proclamaban la independencia e iniciaban la gran guerra social que acabó físicamente con el poder mantuano. En Santo Domingo, pues, se afirmaba la fuerza de los terratenientes al tiempo que ésta era destruida en otras partes de América, y además se afirmaba el señorío español cuando América comenzaba la lucha para destruirlo.

Por abandono de la metrópoli, por la presencia de fuerzas extranjeras en la isla, por la intervención decisiva de gobiernos extranjeros que buscaban riqueza en su territorio, Santo Domingo quedó desviado del curso natural de la historia americana. A tal extremo había perdido el ritmo histórico, que siglo y medio después se mantiene retrasado.

Cuando Sánchez Ramírez vencía a Ferrand en Palo Hincado, Fernando VII entraba a ser prisionero de Napoleón. Es curioso observar estas contradicciones: el rey de España preso y proclamaban el poder del prisionero; más aún, José Bonaparte, sucesor de Fernando VII, no mostró interés alguno en que la autoridad de su hermano se extendiera a la sublevada colonia. Santo Domingo pasó a ser gobernado por las Cortes de Cádiz, y aunque en 1812 esas Cortes proclamaron una Constitución liberal para el imperio español -ya en disolución-, los dominicanos no fueron beneficiados por los nuevos principios. Las contracciones, como se ve, formaban cadena. La lejana y archileal colonia seguía siendo gobernada como hato privado, a tal extremo que el primer gobernador definitivo enviado por la metrópoli, en 1813, un tal Carlos Conuco, porque durante los años de su gobierno dedicó todo su tiempo y sus energías a apresar gente para ponerla a trabajar gratuitamente en un gigantesco conuco de su propiedad, que se hallaba a la vista del palacio de gobierno, en la margen izquierda del Ozama. Todos los testimonios de la época concuerdan en afirmar que el propio gobernador, sin usar de intermediarios, se dedicaba a la venta de la yuca, las batatas, al maíz y los plátanos que le producía su empresa agrícola.

No debemos olvidar que por los años en que Carlos Conuco -que gobernó hasta 1818- discutía con los vecinos de la capital dominicana el precio de sus viandas, Cuba tenía seiscientos mil habitantes, La Habana era ya una gran ciudad de la época y los ingenios de azúcar cubanos producían más de cincuenta mil libretadora y Angostura era ya, de hecho, la capital independiente; que Haití tenía más de diez años de república libre... En fin, mientras en Santo Domingo transcurrían los años de la llamada “España Boba”, que van de la muerte de Sánchez Ramírez en 1811 hasta el final de 1821, el Caribe progresaba o luchaba en busca de su destino.

Entre 1808 y 1821, la población dominicana debió

descender mucho más, tal vez un sexto o un quinto. La pobreza general había llegado a niveles increíbles; no había escuelas, no había médicos, no había comercio con otros países, todo el que pudo emigrar se fue a otras tierras; a Cuba, que prosperaba entonces, a Puerto Rico, que se hallaba en paz, a la propia España. Santo Domingo quedó convertido en un pobre país rural, de explotación primitiva, donde lo único que perduraba del antiguo esplendor era la división de castas, mantenida a fuerza de soberbia, no de medios económicos ni de privilegios de otra índole.

Mientras tanto en Haití habían sucedido cosas importantes. A la muerte de Dessalines, el país se dividió entre los seguidores de Henri Christophe, al norte, y los de Alejandro Petión al sur, tal como diez años antes había ocurrido entre Toussaint y Rigaud. Pero esta vez la división llegó a mayor profundidad, puesto que se establecieron dos gobiernos; uno al mando de Christophe en Cabo Haitiano- la antigua Cabo Francés- y otro al de Petión en Puerto Príncipe. Christophe no tardó en declararse rey; Petión se conservó republicano.

Así tenemos que en los años de 1811, la isla que Colón había pretendido hacer cabeza de un gran imperio y solar de los suyos tenía tres formas políticas; La República de Haití, en el ángulo suroeste; la monarquía también haitiana, en el ángulo noroeste; la colonia española; pero a la vez era el más pobre en hombres y el menos evolucionado histórica y políticamente. Conserva su riqueza potencial: los bosques milenarios, las altas montañas cubiertas de pinos, los valles de jugosa tierra negra, los ríos caudalosos.

Pero su destino había sido ingrato, porque le había tocado ser la hija abandonada de una España inconsciente.